

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

LA
GRAN COMEDIA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)

PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.º

1884.

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á cual mas loco.....	1	D. Luis de Lara y Ossorio....	Todo.
Anuncio de venta.....	1	Sres. J. Cuesta y Gay.....	»
Así va el mundo.....	1	D. E. Alvarez.....	»
Cambiar de génió.....	1	Luis Suarez.....	»
Cambio de habitacion.....	1	G. Perrin.....	»
Cortarse la coleta.....	1	E. Segovia.....	»
Contrastes matrimoniales.....	1	Federico Olona.....	»
Deuda de sangre.....	1	J. Velazquez y Sanchez..	»
En el portal de mi casa.....	1	Juan Maestre.....	»
El cap d'Holofernes.....	1	Antonio Roig.....	»
En la plaza de Bons ó un hora de cuarentena.....	1	Antonio Roig.....	»
Els bans de les barraquetes.....	1	Antonio Roig.....	»
El beneficio de las víctimas.....	1	N. N.....	»
Escuela antigua.....	1	Alfredo Lasala.....	»
En la mit de Sen Chuan.....	1	Antonio Roig.....	»
La carrera de la Dona.....	1	Juan B. Busquete.....	»
La catástrofe de Casamicciola.....	1	Jaime Piquet.....	»
La desconocida de san Jorge.....	1	Vicente Cobos.....	»
Las dos iniciales.....	1	N. N.....	»
Matrimonios modelo.....	1	R. Caruncho.....	»
Mi sócio y yo.....	1	N. N.....	»
Oros son triunfos.....	1	N. N.....	»
Recuerdos de gloria.....	1	R. Caruncho.....	»
Tres abelles de colmena.....	1	Antonio Roig.....	»
Una tiple averiada.....	1	Federico Olona.....	»
Un barber de Carreró.....	1	Antonio Roig.....	»
Un chuche munisipal.....	1	Antonio Roig.....	»
Un recalcitrante.....	1	Juan Marina.....	»
Venga de ahí.....	1	Juan Maestre.....	»
El asistente Quiñones.....	2	E. Zumel.....	»
Eleccion de ayuntamiento.....	2	Juan Utrilla.....	»
De carne y hueso.....	3	Vicente Colorado.....	»
El otro.....	3	Miguel Echegaray.....	»
El Guapo Rondeño.....	3	Eusebio Blasco.....	»
La Charra.....	3	Ceferino Palencia.....	»
¿Perez ó Lopez?.....	3	Miguel Echegaray.....	»
¿Piensa mal... ¿y acertarás?.....	3	José Echegaray.....	»
Un hombre de bien.....	3	Luis Mariano de Larra...	»

ZARZUELAS.

Á la Pradera! ¡Á la Pradera!.....	1	Sres. Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Arte de Birlibirloque.....	1	Caballero y Reig.....	L. y M.
Cantar victoria.....	1	Maestre.....	L.
Curriya.....	1	M. Fernandez Caballero..	M.

LA GRAN COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- CORREGIR AL QUE YERRA..... Comedia en un acto, original
en verso.
- EL ONCENO NO ESTORBAR..... Id. en un acto, id. id.
- LA ESCALA DEL MATRIMONIO.. Id. en tres actos, id. id.
- CANDIDITO. (Tercera edicion.) Id. en un acto, id. id.
- NO LO QUIERO SABER (2.^a ed.) Id. en un acto, id. id.
- ¡POBRES MUJERES! (3.^a ed.) Id. en un acto, id. id.
- EL PIANO PARLANTE..... Id. en tres actos, id. id.
- EL SUEÑO DE UN SOLTERO.... Id. en un acto, id. id.
- MONEDA CORRIENTE..... Id. en tres actos, id. id.
- CUESTION DE FORMA..... Id. en tres actos, id. id.
- EL JUGADOR DE MANOS..... Comedia en tres actos arre-
glada del francés.
- LAS CIRCUNSTANCIAS..... Id. en tres actos y en prosa,
original.
- LA CHISMOSA..... Id. en tres actos y en verso:
original.
- LA LEVITA. (Segunda edicion.) Id. en tres actos, en prosa,
original.
- DON RAMON Y EL SEÑOR
RAMON. Id. en tres actos, en prosa,
original.
- LA CAN-CANOMANÍA..... Sátira en un acto.
- LOS NIÑOS GRANDES..... Comedia en tres actos, en pro-
sa, original.
- EL ESTÓMAGO..... Comedia en tres actos, en prosa,
original.
- ATILA..... Drama en tres actos, en verso,
original.
- LA NODRIZA... .. Comedia en dos actos, id. id.
- LAS SÁBANAS DEL CURA..... Boceto en un acto, id. id.
- LA RESURRECCION DE LÁZARO. Juguete cómico en dos actos
y en prosa.
- ADMINISTRACION PÚBLICA.... Boceto en tres actos y en
verso.
- PROBLEMA..... Comedia en tres actos, en
prosa.
- AMOR Y ARTE..... Drama en tres actos, en
prosa.
- LA LENGUA..... Comedia en tres actos, en
prosa.
- LA GRAN COMEDIA..... Comedia en tres actos y en
prosa.

LA GRAN COMEDIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAS.

Estrenada en el Teatro ESPAÑOL la noche del 22 de Abril de 1884.



MADRID.—1884.

IMPRESA DE COSME RODRIGUEZ.

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.

ACTORES.

ISABEL.....	SRTA. CALDERON.
QUICA.....	SRA. HIJOSA.
CONCHA.....	SRTA. FERNANDEZ.
BALTASAR.....	SR. ALTARRIBA.
EUGENIO.....	SR. MORALES.
LUIS.	SR. CIRERA.

All the world's a stage.
And all the men and women merely players.
(Shakspeare: As you like.)

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de Isabel.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL y LUIS, sentados. CONCHA corriendo al encuentro de
BALTASAR que entra por el foro.

CONCHA. Hola, papá! ¿No sabes la gran noticia?

BALT. ¿Me han repuesto en mi destino?

CONCHA. Ojalá!

LUIS. Es una justa reparacion que no debe hacerse esperar mucho.

BALT. «Vuelva usted mañana,» como decía el gran Figaro.

ISABEL. No: se trata de un asunto puramente de familia. Tengo la satisfaccion de participarte que se acaba de fijar la fecha del matrimonio de mi hija con Luis.

BALT. Vaya, pues recibe mi enhorabuena, ya que el casamiento es á gusto tuyo.

ISABEL. Gracias.

BALT. El mal y el bien nunca vienen solos.

ISABEL. ¿Y eso?

BALT. Mujer, porque el enlace de mi sobrina coincide con la sentencia del tribunal, que te reconoce como he-

redera forzosa de nuestro difunto tío Gabriel.

ISABEL. Ah! sí.

BALT. De modo que el bueno de Luis se encuentra con que no sólo realiza sus sueños de amor, sino que su elegida resulta hija única de una millonaria. Miel sobre hojuelas.

LUIS. (Impertinente.) Habrá usted de hacerme la justicia de creer que la sentencia no ha influido en mi determinacion.

ISABEL. Qué susceptibilidad!

BALT. Eso es cuenta de usted. Yo no digo otra cosa sino que á nadie le amarga un dulce. Por lo demás, dejo correr al mundo sin meterme nunca en él, á no ser que me atropelle en el camino; porque entónces sí que ó me echo á un lado, ó si no me deja apartarme lo empujo. Conque ¿cuándo es la boda?

CONCHA. El dos de Febrero.

BALT. ¿El día de la Candelaria?

ISABEL. Sí.

BALT. Pues si eso se toca ya con la mano! Mañana es Nochebuena.

CONCHA. Voy á escribirle á Adela una carta de felicitacion.

BALT. No, Concha, que los médicos te han prohibido el trabajo mental.

LUIS. Puede usted evitarse la molestia; porque pienso, si usted me lo permite, (Á Isabel.) ir á verla esta tarde á Aranjuez.

ISABEL. Cómo no? Es muy natural.

BALT. Y dígame usted que vuelva pronto, que ya echo de ménos sus diabluras.

CONCHA. Y yo su cariño. Empeñarse doña Gertrudis en que pase las páscuas con ella!

ISABEL. La quiere tanto!...

BALT. Y no deben contrariarse los deseos de una señora que, aunque poco, piensa dejarle todo lo que posee.

ISABEL. Siempre cáustico!

BALT. No, Isabel, sé justa; siempre de buen humor. Es lo

único que le queda á tu pobre primo, y lo atesoro como un avaro para darle á este ángel alguna compensacion en su monótona existencia. (Abrazando á Concha.)

CONCHA. ¿Vas á entristecerme?

BALT. Dios me libre!

ISABEL. Pues háblala de cosas amenas: por ejemplo, del dia en que la casemos á ella tambien.

BALT. Del dia en que la... Pero, entendámonos: ¿es que ya hay moro en campaña?

CONCHA. Qué tontería!

LUIS. Á esa edad es muy difícil que el amor no principie á reclamar sus privilegios.

BALT. No hay que juzgar á los otros por sí mismos. Usted es todo corazon...

LUIS. (Machacas en hierro frio.)

CONCHA. Repito que es una broma...

ISABEL. Yo no aseguro que exista correspondencia mútua, porque él es respetuoso hasta rayar en tímido.

BALT. Señores, ni nos hallamos en Tebas, ni en los tiempos en que se interpretaban enigmas. ¿Me quieren ustedes hacer el favor de hablar claro?

CONCHA. Nada: tia Isabel que se empeña en que yo estoy enamorada de Eugenio.

BALT. ¿De Eugenio? Tú? Y en qué se funda?

ISABEL. Ah! No te llama la atencion la frecuencia con que nos visita?

BALT. De ningun modo; porque no ignorando lo tauchísimo que os quiere, y siendo él la persona en quien tu tio Gabriel depositó su testamento reservado, encuentro lo más lógico que quien te instó á presentar tu derecho á la herencia por la desaparicion de aquel instrumento, continúe visitándote con el carácter de asesor.

ISABEL. Yo no lo veo así. Puede que me equivoque; pero á fuer de madre, he adquirido la costumbre de penetrar en los secretos de las niñas, y lo que es la tuya... vamos, tiene algo más que simpatía por Eugenio. ¿Acierto? (Á

Concha con mimo.)

CONCHA. Me inspira la consideracion que despierta un hombre de bien. (Cohibida.)

ISABEL. ¿Y nada más?

CONCHA. Yo!...

BALT. Eso sí; digno y caballero lo es como pocos.

CONCHA. Siebto por él la veneracion que merece la honradez.

ISABEL. ¿Y nada más?

BALT. Dale bola! ¿Qué más quieres que haga la pobre criatura?

ISABEL. Advierte, Baltasar, que yo hablo así llevada del mejor celo.

BALT. No lo dudo, y te estoy muy reconocido; pero Concha posee el suficiente criterio para discernir que, si en merecimientos parecen formados tal para cual, la diferencia de fortuna abre entre los dos un abismo insondable.

ISABEL. Preocupaciones.

LUIS. La cotizacion de la virtud siempre está con tendencia al alza.

BALT. Pero hay quien especula con su nombre, y lo parecería el que aspirase á unirse con un archimillonario la hija de un oficial cesante de la clase de terceros que, mientras mejora su suerte, tiene que vivir al abrigo de la munificencia de su generosa prima.

ISABEL. Ne hables de eso!

BALT. Nada de castillos en el aire.

CONCHA. Yo, papá!...

BALT. Ya sé que es ociosa la recomendacion. Enamórate de un auxiliarcillo probo, inteligente y laborioso que junte su nómina á la de tu padre, cuando la vuelva á tener; y que te brinde con un porvenir en armonía con tu pasado. Sóta, caballo y rey en la mesa; un sorbete el dia del Córpus; galería alta en el teatro cada trimestre; un vestido nuevo por la Parísima, y mucho amor en el hogar, que es la única riqueza que resiste á todas las adversidades.

ISABEL. Pero si Eugenio...

BALT. Eugenio es un potentado, y á los hombres ricos les sucede lo que á las casas buenas, que rara vez están desalquiladas. Puede tener ya comprometido el principal de la izquierda... (Aludiendo al corazon y reparando el efecto que hacen sus palabras en Concha.)

CONCHA. (Ah!) (Con amargura)

BALT. Qué?

CONCHA. Nada. (Disimulando.)

BALT. (Infeliz! Adora á quien no la corresponde!) (Con dolor reconcentrado.)

ISABEL. Pues hijo, yo...

ESCENA II.

DICHOS, QUICA.

QUICA. Dan ustedes su permiso?

ISABEL. Quién?

LUIS. (La portera!)

BALT. Ah! Quica!

ISABEL. Adelante. ¿Ocurre algo?

QUICA. Dispénseme usted, señora, si vengo á incomodarla; pero estoy que se me puede ahogar con un cabello.

ISABEL. ¿Qué le pasa á usted?

QUICA. Lo de siempre: cosas de mi marido, que me ha de matar á pesadumbres! Á qué iría á Segorbe el muy condenado? Allí lo conocí, porque yo soy de Segorbe, para servir á ustedes. Por eso me llaman Quica.

ISABEL. Bien, pero el hecho...

QUICA. El hecho es que los tiempos están muy malos, y gracias á que la familia es corta, padre, madre y una hija, porque el primero que tuve se me murió de tres meses. Entónces fué cuando le dí el pecho á Eugenio.

ISABEL. Sí, ya...

LUIS. Ah! ¿Usted ha sido la nodriza de Eugenio?

QUICA. Cabal. Así ha salido él.—Pues vamos, yo con mi por-

tería ayudo lo que puedo; la chica tambien saca para vestirse cantando en los coros del teatro Real, porque eso sí, la he criado como á una princesa; pero mi marido es el que con la reventa de billetes lleva todo el peso de la casa. Pues bien: como ahora dicen que anda eso tan perseguido, creo que anoche los sorprendieron y hubo camorra, palos y hasta me parece que alguna descabradura. El resultado es que tengo á Roque incomunicado en la cárcel.

ISABEL. Pero es cuestion de cuarenta y ocho horas.

CONCHA. (Y que ya no le coge de nuevo.)

LUIS. Además, no han de faltar influencias para que lo excarcelen bajo fianza.

BALT. Naturalmente. ¿Para qué es la amistad, sino para impedir que la justicia cumpla con su deber?

QUICA. Les agradezco á ustedes mucho la fineza, pero... no hay prisa. Cuanto más tiempo me lo guarden allí, mejor. Es cuando más paz tenemos. Sobre que á él no le vá tan mal. Veinticinco duros ganó al monte en los tres dias que estuvo la última vez en el Saladero.

BALT. Digo si es ganga!

ISABEL. Entónces, ¿qué es lo que desea usted de mi?

QUICA. Verá usted. Hace poco me he puesto á cepillar su ropa, porque me he dicho: «Si me la pide, ya la tiene limpia, y si no, entre tanto descansa.» Y al sacudirle los bolsillos, que siempre los lleva llenos de tabaco en las costuras, me encuentro con un billete de lotería.

ISABEL. Premiado?

QUICA. Cá, señora; por vender. Yo me figuro yá lo que ha ocurrido: don Timoteo, un agente de bolsa que quiere mucho á la chica—él es quien la metió en el teatro, —nos toma todas las extracciones un número entero, y hasta me tiene ofrecido el año que le toque el premio gordo de Navidad, regalarme cinco mil duros para poner una lonja de ultramarinos; porque como sabe que el comercio es mi fuerte... Pues bien, se conoce que mi marido le ha reservado el billete segun costumbre,

pero él se marchó á Valladolid hace tres semanas y aun no ha vuelto. De modo que nos encontramos con dos mil reales sobre las costillas.

ISABEL. No se apure usted, ya encontrará Roque manera de colocarlo, así que se halle en libertad.

QUICA. Qué dice usted? Pues si á estas horas estará acabándose el sorteo!

BALT. Sí, hoy es la extraccion.

CONCHA. (Pobre mujer!)

ISABEL. En ese caso... Es una contrariedad; tómelo usted con paciencia.

QUICA. Ande usted, señora; hágame usted la caridad de guardárselo.

ISABEL. Yo?

QUICA. Mire usted qué número tan redondo y tan bonito. (Enseñando el billete.)

ISABEL. Me es imposible; tengo muchas atenciones que cubrir. ¿Por qué no recurre usted á Eugenio?

QUICA. Eugenio en primer lugar no juega nunca; y luégo, que aunque supongo que no había de rehusarme este favor, no quiero abusar hasta el último extremo; porque aún no hace un mes me sacó de otro apuro. Vamos, don Baltasar, anímese usted; aquí está la suerte. (Brindándole con el billete.)

BALT. Ay! Quica! Si yo tuviese dos mil reales, ya no era usted más portera; la jubilaba con todo el sueldo.

QUICA. Y usted, don Luis?

LUIS. Lo siento, pero ya traspuse mi límite.

BALT. Ea! hombre, aproveche usted la suerte ahora que está de buenas. Á ver si le caen á usted diez milloncejos y saca para el pan de la boda.

QUICA. (Con mal reprimida sorpresa.) De la boda?

LUIS. (Imprudente!)

QUICA. Pero... cómo? El señor se casa?

CONCHA. Con mi prima.

QUICA. Con doña Adela?

ISABEL. Con mi hija, sí. ¿Qué tiene eso de particular?

- QUICA. (Á Concha, despues de tomar una resolucion.) Perdóneme usted si la suplico que nos deje solos: hay ciertas cosas que no las deben oír las niñas. (Concha se retira.)
- BALT. Ni los extraños, presumo. (Tratando de irse.)
- QUICA. (Deteniéndole despues de titubear.) No; usted es padre honrado y le necesito, para que me sirva de hombre bueno.
- ISABEL. (Qué saldrá de aquí?)
- LUIS. (Resolucion.)

ESCENA III.

DICHOS ménos CONCHA.

- QUICA. Señora: la gente ordinaria sabemos sentir las cosas, pero no acertamos á decirlas; ayúdeme usted á comprenderme. Don Luis no puede casarse con su hija de usted... porque... es preciso que se case con la mia.
- LUIS. (Oh!)
- BALT. (Siempre lo tuve por un perfecto bribon.)
- QUICA. Eso es; y muchas gracias, por haberme evitado el tenerme que explicar mejor.
- ISABEL. Me ha dejado usted aturdida.
- QUICA. No lo estoy yo ménos desde que Cármen me ha contado esta mañana su abandono.
- ISABEL. Deploro lo ocurrido; pero creo que no es á mí, sino á este caballero á quien debe usted dirigirse.
- QUICA. Ya se me alcanza que ciertos asuntos no han de irse divulgando con trompeta; pero aquí está usted tan interesada como la que más. Y despues, que yo me encuentro como el que vé entrar ladrones en su cuarto, que lo primero que se le ocurre, es gritar «á la guardia!» En fin; que hable ese... caballero.
- ISABEL. Sí, hable usted. Y si los {compromisos que contrajo con Adela han de ser obstáculo para^aulteriores propósitos, yo le eximo á usted de ellos en nombre suyo. (Todo esto dicho sin conviccion y solo como quien cumple con un deber ineludible.)
- LUIS. Me complace en suponer que se expresa usted así

por un acto de deferencia hácia *esta señora*, y sin convencimiento profundo de sus palabras.

ISABEL. ¿Qué?

LUIS. Ni usted puede proponerme formalmente que prescindiera de la felicidad de Adela y de la mia propia por una locura de la juventud, ni yo tomar en sério el que usted me juzgue capaz de casarme con la hija de... su porfeta.

ISABEL. Con todo...

QUICA. ¡Pues hombre! ¿Y por qué nó? Cuando está de por medio la honra de una familia sin tacha...

ISABEL. (Con el padre en la cárcel.)

LUIS. Vamos! No me obligue usted con esas pretensiones á agravar su situacion, añadiendo á la ofensa, que reconozco, una sonrisa que en vano pugno por reprimir.

QUICA. ¿Háse visto desfachatez como ella? Don Baltasar, hágame usted el favor de decirle todo lo que tengo aquí dentro, (Por la cabeza.) y que no me puede bajar á la boca.

BALT. Ay! mire usted; yo asisto á esta funcion como simple público. Más aun: he sido convidado. Así pues, ni debo aplaudir ni silbar.

QUICA. Es claro: todos en contra mia.

ISABEL. Te suplico que des tu parecer. (Á Baltasar.) No quiero que, ni remotamente, llegue Quica á presumir por tu silencio que la dejamos sin defensa para valernos de nuestra superioridad.

BALT. No, Isabel; mejor es que me calle.

ISABEL. Y por qué?

BALT. No ignoras que yo hablo duro porque pienso recto, y sentiría ofenderá á alguien por ingerirme en lo que, al fin y al cabo, ni me vá ni me viene.

QUICA. Por eso, no señor; y al que le pique que se rasque.

LUIS. Uno mis ruegos á los de esta señora para que no se crea que trato de eludir mi responsabilidad.

BALT. Ustedes lo quieren?

- QUICA. Nada, nada; y muy clarito.
- BALT. Corriente. ¿Ha estado usted muchas veces en el teatro?
- QUICA. Muchas.
- BALT. De modo que lo conoce usted bien?
- QUICA. Hasta el foso.
- BALT. Pues ha de saber usted que el mundo no es más que un vastísimo escenario en el que los hombres y las mujeres, por supuesto, viven representando una gran comedia.
- ISABEL. No todos.
- BALT. Es cierto: la justicia reclama escepciones. Hay algunos que no se ponen nunca el colorete; pero á los infelices les pasa en el teatro social lo que á los espectadores de buena fé en los teatros reales, que toman las pelucas por verdaderas calvas, y los venenos de guardaropía, por filtros envenenadores, y vuelven á su casa afligidísimos, mientras los cómicos cenan tranquilamente con el producto de su credulidad.
- QUICA. ¿Y eso, que tiene que ver con mi hija? Ella es de ópera.
- BALT. Paciencia. ¿No ha visto usted cómo, por ganarse la nómina, tal individuo que hoy hace de hombre inflexible y honrado, imita mañana á un ser abyecto sin nocion alguna de moral? Pues! lo mismo acontece en la gran comedia humana. Sus artistas, que tampoco trabajan de balde, ejecutan toda clase de papeles para cobrar el sueldo porque los ha ajustado su egoismo.
- QUICA. Ah! Ya lo voy comprendiendo.
- BALT. Y ahora lo entenderá usted mejor. No hace todavía tres meses dió usted á toda la vecindad una escena cómica, despidiendo de la portería á gritos y escobazos á un oficial de carpintero que parece que tambien debía casarse con la muchacha. (Isabel y Luis sonrien.)
- QUICA. Calumnia!

- BALT. Usted misma nos lo contó, añadiendo que no accedía á la boda porque reservaba usted á Cármen para más altos destinos.
- QUICA. ¿Se la había de entregar yo á aquel descamisado?
- BALT. Bueno. Poco tiempo despues se apercibe usted de que Luis solicita á la chica; porque usted no lo ignoraba.
- QUICA. Tenía sospechas.
- BALT. No regateemos. Y en lugar de decirse: «Esto no puede ser,» exclama usted: «Quién sabe?» y cierra los ojos; pero al abrirlos le viene usted á pedir que la haga su suegra sin acordarse de que es la escoba del zapatero lo que usted cree blandir por cetro de su dignidad. Y como las situaciones falsas resultan contraproducentes, los que característica la aplaudieron á usted, drama matrona la silban.
- QUICA. En fin, al grano.
- BALT. Que es una desgracia; pero que hay fatalidades de las que debe huirse, porque de antemano se prevee que no tienen más solucion que la conformidad.
- QUICA. Pues, señor, aquí puede decirse eso que dicen por ahí... «Te traje por hombre bueno y me has salido hombre malo.»
- LUIS. Yo me permitiré aconsejarle á usted un poco de discrecion.
- QUICA. Usted no tiene que aconsejarme nada.
- ISABEL. Calma, Quica; no se exaspere usted así por una travesura de muchachos.
- QUICA. Señora...
- ISABEL. En la que, despues de todo, la responsabilidad no es sólo de Luis.
- LUIS. Indudablemente.
- QUICA. Cómo?
- ISABEL. Cármen ha sido siempre una niña un poco ligera...
- QUICA. Adelante.
- ISABEL. Y usted debió haberla educado con más severidad.
- QUICA. Así, así: cébese usted en el vencido.
- BALT. Pero no haga usted caso; si mi prima tampoco siente

lo que dice.

ISABEL. Eh?

BALT. Á cada cual su turno. ¿Cómo he de suponer yo en tí, que eres madre y persona ilustrada, tal ausencia de sensibilidad y de criterio que desconozcas lo grave y aflictivo de la situación de Quica? Si por un momento, lo que Dios no permita nunca, los papeles se trocasen...

ISABEL. Oh, Jesús! Calla!

BALT. Pondrías á Luis de bribon que no habría por dónde cogerlo. Pero como, por el contrario, la boda te seduce, Luis es á tus ojos un hombre á quien disculpa la juventud, Cármen una criatura consecuente con su veleidad y Quica una madre sin energía.

LUIS. Á mí me parece que esta señora procede con muy buen sentido y como todas en su caso.

BALT. Como muchas, tal vez; como todas no. Y yo en su caso, le negaba á usted rotundamente la mano de Adela.

TODOS. Ah!

BALT. Porque el pasado de usted es una espina que ha de estar siempre clavada en el corazón de su esposa, y no es garantía para su felicidad el que un hombre á quien se le imputa semejante falta, no tenga una frase de consuelo para aquellos á quienes ha ofendido, y se limite á rechazar con burlas sus pretensiones por la superioridad de su clase. Lo que me dá derecho á creer que si la víctima fuese la primogénita de un duque ó la heredera de una pingüe fortuna, sacrificaría usted sin esfuerzo el amor de mi sobrina á un arrepentimiento de circunstancias.

ISABEL. Por Dios!...

LUIS. Observo con extrañeza que no pierde usted la ocasión de atribuir á todos mis actos miras interesadas.

BALT. Pues sí señor, ya que la oportunidad se presenta, confesaré que, en mi concepto, no le impulsa á usted á entrar en esta familia, más móvil que el interés.

ISABEL. Oh!

LUIS. Don Baltasar!

BALT. Tengo muchos más años que usted, y me unen á Adela estrechos vínculos. Además, ¿no se me ha exigido decir lo que sintiera? Pues yo lo he hecho. Ahora dejen ustedes que me vuelvan tranquilamente á mi butaca á ver el espectáculo, y no se extrañen de mi impasibilidad, porque como la obra me es muy conocida, ninguna de sus situaciones me produce efecto. (Sentándose.)

QUICA. ¿De modo que está usted resuelta á casarlos?

ISABEL. Pero qué más se me exige? Ya le he dejado á Luis su libertad de accion; si él no quiere hacer uso de ella, ¿voy, sin conseguir evitar uno, á causar dos males destruyendo las ilusiones de mi hija?

QUICA. Y usted qué responde? (Á Luis.)

LUIS. Nada. (Con desden.)

QUICA. No puede ser ménos. Corriente; yo haré que ponga impedimento la justicia.

LUIS. *Callen* Cármen es mayor de edad, y aquí no hay víctima, sino cómplice.

BAPAE. (Qué depravacion tan refinada!)

QUICA. Buenas están las leyes! Pero, en fin, á donde ellas no alcanzan, llegará Roque, y así que vuelva de la cárcel, él se encargará de echarle á usted la bendicion á palo seco. Conque, señores, muchas gracias. Perdonar el mal rato, y... á vivir, tropa! Que ustedes lo pasen bien. (Váse.)

ESCENA IV.

ISABEL, BALTASAR, LUIS.

LUIS. Yo tambien dejo á ustedes. (Consultando el reló.) La hora del tren se acerca.

ISABEL. (Cumpliendo con una obligacion impuesta por las circunstancias.) Luis, no he querido humillarle á usted con mis reconociones delante de una criada; pero ahora que estamos solos, sepa usted que con su conducta me ha

- procurado un verdadero disgusto.
- L. UIS. Isabel!... (Instándola á no tomarlo en sério.)
- ISABEL. No venga usted con disculpas que me son sobrado conocidas. Lo único que tengo que añadir es que ha decaído usted notablemente en mi afecto. Así, pues, y en bien de todos, medite usted á solas con su conciencia cuál es el camino que en tal caso debe seguir un hombre de honor.
- BALT. (Otra farsa impuesta por la situación. Ni á tiros cede mi prima el yerno.)
- LUIS. Ese lenguaje la enaltece á usted mucho; pero abrigo la esperanza de que así que el tiempo haya dado lugar á la reflexion, la lógica se sobrepondrá á ese plausible sentimiento de delicadeza.
- ISABEL. No obstante...
- LUIS. Lo pensaré. (Zumbon.) Hasta luégo. Don Baltasar... (Despidiéndose.)
- BALT. Buen viaje y expresiones.
- LUIS. Gracias. (Váse.)

ESCENA V.

ISABEL, BALTASAR, despues CONCHA.

- ISABEL. Vamos, no dirás que soy una actriz encargada de representar el papel que me han repartido mis miras personales.
- BALT. «Mi capitán, mi capitán, un prisionero,» gritaba un recluta. «Á ver, traémelo aquí,» repuso el jefe. «No puedo, señor, porque me tiene cogido de una oreja y no me quiere soltar...» Y así haces tú, prima mía, le echas un discurso, despues de estar convencida de que no se casa con Cármen, y pregonas de buena fé que tratas de traerlo al buen camino, cuando sabes que es Luis el que te tiene cogida la voluntad.
- ISABEL. Vaya, contigo no hay medio de entenderse.
- CONCHA. (Que aparece, disimulando su sobresalto.) Estais solos?

ISABEL. Sí. ¿Qué ocurre? Pareces inquieta!

BALT. ¿Te sientes mal, Concha?

CONCHA. No; es que ha venido tu abogado. (Á Isabel.) Y por si aún no se había ido Quica, lo llevé al despacho de papá.

ISABEL. ¿Pero es asunto tan urgente?

CONCHA. Sí, dice... que trae muy malas noticias.

BALT. Ah!

ISABEL. Qué? Baltasar, vente conmigo. Jesús, que vuelco me ha dado el corazón! (Váse.)

CONCHA. Está arruinada!... (Al oído de su padre.)

BALT. Sí? Pero, hija mía, tu salud es ántes que todo, no te sobrecojas. Pobre Isabel! (Sigue á su prima.)

ESCENA VI.

CONCHA, EUGENIO.

CONCHA. Arruinada!... Dios mío! Ella tan buena... Eugenio (Enjugándose las lágrimas.)

EUG. La encuentro á usted llorando? No pregunto más; se sabe todo.

CONCHA. Pero ¿cómo ha sido?

EUG. Una fatalidad. El testamento cerrado que don Gabriel otorgó y que, por no haber aparecido á su muerte, permitió á Isabel entrar en posesion de su fortuna como heredera forzosa, ha sido encontrado al fin, y la desgraciada no tiene más remedio que despojarse de sus bienes.

CONCHA. Qué horror!

EUG. Y lo que más me aflige. es que, por un sarcasmo de la suerte, soy yo el llamado á privarla de la herencia.

CONCHA. Usted?

EUG. Yo, que daría la mitad de lo que poseo por ver á todos ustedes felices.

CONCHA. ¿Y qué vá á ser de nosotros? Porque desheredada mi-
tia, mi pobre padre y yo quedamos á merced de la ca-

ridad pública.

EUG. No se abandone usted á la desesperacion. Dios es grande, y sus virtudes de ustedes muchas para que Él no las recompense. Vamos, seque usted sus lágrimas, sentémonos aquí, y oiga usted una confesion que ya no me cabe en el pecho. (Se sientan.)

CONCHA. Escucho. (Emocionada.)

EUG. ¿Usted cree que, (Con timidez.) á mí me sea lícito enamorarme de una niña sin herir su delicadeza ni marchitar sus ilusiones?

CONCHA. (Ah!) (Con reprimido gozo y tomando para sí las frases de Eugenio.) Por qué nó?

EUG. Porque así como la mayor parte de los ricos imaginan que su dinero les autoriza á todo, á mí se me figura que voy á deprimir siempre con el mio á los que son ménos que yo. Y en esta circunstancia concreta, temo hasta ofender al amor, presentándome en su templo vestido de oro, como si fuese á un mercado.

CONCHA. Si la persona objeto de esa preferencia, es, como debe presumirse, digna de tal honra, bendecirá los beneficios que reciba, sin descender jamás á contarlos.

EUG. Es usted un ángel! Pero aún hay más! Mi juventud no es alegre ni bulliciosa: tiene el sello de una vejez prematura provocada por la orfandad de afectos que me envuelve. Y no sé hasta qué punto me autorice el cariño á privar de las sonrisas de la existencia á una criatura, para quien el despertar del primer sueño puede constituir un desengaño.

CONCHA. La formalidad del carácter no excluye la dicha en el matrimonio; y la mujer que ame á su marido le sacrificará gustosa los efímeros planes del mundo por los tranquilos y duraderos goces del hogar.

EUG. ¡Cómo se hermanan nuestros sentimientos! Pues bien: ¿á qué ocultarlo si ya lo han debido ustedes comprender en mí? Amo, amo apasionadamente, y me decido á romper el silencio ántes de que se estrechen más los lazos que unen á Luis con Adela.

CONCHA. Ah! (Levantándose espantada al recibir el desengaño.)

EUG. Qué?

CONCHA. Nada. (Dominándose.) Que al identificarme con la situación de usted, dí al olvido que hoy acaba de fijarse la boda de Luis con mi prima.

EUG. Siempre tarde! Y sin embargo, no me abandona la esperanza. He llegado á fingirme que ese casamiento obedece á una imposición de Isabel y no á un acto espontáneo de su hija; porque... no son los celos los que me impulsan á hablar así, pero Adela no puede amar, si lo conoce, al hombre á quien vá á unirse.

CONCHA. Sí... acaso.

EUG. Y ya vé usted que no es sólo mi felicidad, es la suya la que arriesga en la partida.

CONCHA. Tiene usted razón.

EUG. Una cláusula testamentaria, dictada por antiguos ódios, me prohíbe ceder en favor suyo ni de su madre los bienes que acabo de heredar. Además de que aunque nada me lo vedase, ¿podría yo ofrecerles, sin humillarlas, un donativo que tendría las apariencias de una limosna?... Mientras que... llamándose mi mujer...

CONCHA. Oh! Es preciso que lo sea.

EUG. Pero mi situación se ha vuelto hoy más difícil que nunca. Yo no puedo hablar sin conocer sus inclinaciones, sin penetrarme de que ella no vé en mí un licitador soberbio, sino un amigo leal que viene á relevarla de un sacrificio. Concha, ayúdeme usted á sondear su corazón; sea usted mi cómplice en tan buena causa!

CONCHA. Cómo! ¿Usted quiere que yo?... (Dios mío!) (Rompe á llorar.)

EUG. Qué? Ese llanto...

CONCHA. Me lo arranca la desesperación del temor que abrigué por la suerte de las personas á quienes tanto debo.

EUG. Oh! No! (Presintiendo la verdad.)

CONCHA. La alegría de saber que Adela vá á ser venturosa... y

que yo, yo más que nadie habré contribuido á la obra de su eterna felicidad!

EUG. Concha, la satisfaccion del bien ajeno no se parece en nada á las lágrimas del sufrimiento propio.

CONCHA. Qué?

EUG. Usted no me dice la verdad.

CONCHA. Sí, sí. Alguien viene. Adios.

EUG. Pero...

CONCHA. Confie usted en mí. (Váse precipitadamente.)

EUG. (Despues de una breve pausa.) Señor, que no se confirmé tan horrible sospecha!

ESCENA VII.

EUGENIO, BALTASAR.

BALT. Siempre se halla al amigo fiel, allí donde se necesita un consuelo.

EUG. Temo, no obstante, mortificar hoy con mi presencia. Vamos á lo que más importa. Don Baltasar, su hija de usted ama á alguien?

BALT. Esa pregunta...

EUG. Pues bien; más claro: ¿me ama?

BALT. ¿Por qué lo dice usted? (Cohibido.)

EUG. Ah! sí, es cierto. Miserable! Acabo de hacerle añicos el corazon.

BALT. Por Dios, Eugenio! Usted sabe que Concha padece una aneurisma; que cualquiera impresion dolorosa me la puede matar!

EUG. No aumente usted mi confusion. Y yo le he pintado con los más vivos colores mi pasion por Adela. Hasta le he exigido que me preste apoyo para penetrar en el afecto de su prima, guiado por su generosa mano. Pobre criatura!

BALT. Eugenio, yo no miento jamás! No sé nada de positivo; pero presumo que no se equivoca usted. Creí podeme vanagloriar de ir destruyendo poco á poco el castillo

de sus ilusiones, que usted, tan brusca como inocentemente, ha hecho caer en ruinas.

EUG. Oh! Si al corazón se le pudiese mandar...

BALT. Ya hace tiempo que he sorprendido en el de usted esa profunda herida que trata de encubrir: de otra suerte no me hubiera puesto á estirpar del de Concha las raíces de su amor, con ese doloroso tacto del que opera sobre su hijo. Porque si rio en medio de mi amargura, es por ella; simpatizo aún con la vida, porque imagino que con mis cuidados puedo prolongar la suya, y por verla feliz iría yo hasta el crimen! (Exaltado.)

EUG. Don Baltasar!...

BALT. Perdone usted en el hombre los arrebatos del padre.

EUG. Silencio. Isabel.

ESCENA VIII.

DICHOS, ISABEL, viendo á EUGENIO, á poco LUIS.

ISABEL. Ah! ¿Usted aquí? No es muy generosa la entrevista.

EUG. Señora... (Entra Luis.)

BALT. Cómo? Ha perdido usted el tren? (Al ver á Luis.)

LUIS. (Azorado.) Al dirigirme á la estación, he tenido conocimiento de una triste nueva, que... no quisiera ver confirmada!

ISABEL. Desgraciadamente no deja duda.

LUIS. (Ah!)

ISABEL. Pero es muy extraño, en verdad, que un documento de esa importancia haya permanecido oculto tanto tiempo, siendo encontrado al fin entre los papeles de un antiguo servidor de su padre de usted. (Á Eugenio.)

EUG. No sé darme otra explicación satisfactoria, sino que, cuando el incendio de mi casa, se puso en salvo el archivo, y al restituir los legajos debió quedar ese por inadvertencia de nuestro honrado mayordomo.

ISABEL. Y ha sido preciso que ese criado muera repentinamente para que en el inventario judicial aparezca el

testamento, se convoque á los testigos, y con su apertura se me prive de una herencia que usted me arrebató.

EUG. Yo?

BALT. (Qué injusta es la ira!)

LUIS. Pero la sentencia del tribunal que reconoce á usted por heredera, es definitiva y produce ejecutoria.

BALT. No señor: Isabel no percibe más que el usufructo, y no puede entrar en posesion de sus bienes hasta espirar el plazo que, para averiguacion del paradero de la disposicion testamentaria, ha creído deber señalar la ley.

LUIS. Con todo; aún puede litigarse.

ISABEL. Es inútil. El plan ha estado tan bien concebido como llevado á efecto.

EUG. Pero... ¿duda usted de mí?

ISABEL. Creo firmemente que ha servido usted de cómplice al testador en sus ódios contra mi difunto marido.

TODOS. Cómo!

ISABEL. Instituye á usted por heredero; dispone, para destruirnos toda esperanza, que si muere usted sin sucesion ántes que él ó renuncia la herencia, se destine su fortuna á la fundacion de una obra pía. Y por un refinamiento de crueldad aguarda usted á que yo me forje la ilusion de tener asegurado el porvenir de mi hija, para hacer valer su derecho y sumirnos en la miseria!

TODOS. Oh!

EUG. El dolor le trastorna á usted el juicio.

ISABEL. No; la persuasion de un desengaño.

EUG. No me obligue usted, para vindicarme, á revelar mis más ocultos y delicados sentimientos.

ISABEL. ¿Algun nuevo subterfugio?

EUG. Esto es espantoso! Yo no quiero desmerecer en la estimacion de nadie y ménos de usted á quien tanto considero, y cuyas invectivas perdono, en atencion á su amargura. Sí; conocía confidencialmente la dispo-

sición de don Gabriel en favor mio, y los rencores por su familia. Y no destruí el testamento por si su conservacion podía ser favorable á mis propósitos; pero lo oculté yo mismo bajo segura custodia, para que entrase usted en posesion de la herencia y no abrigara usted temor alguno sobre la suerte de su hija, víctima inocente de las ajenas discordias.

TODOS. Oh!

EUG. La fatalidad no me ha dejado concluir mi obra! (Sollozando.)

ISABEL. Eugenio, estoy confundida!

BALT. (Alma grande!)

LUIS. (Arruinada!)

BALT. Ahora usted vá á ser el apoyo de los desvalidos. (Á Luis.)

LUIS. Conozco mis deberes. (Se oyen gritos dentro muy desaforados que dá Quica.)

ISABEL. Esas voces!...

EUG. Con efecto...

BALT. Algo ocurre! (Se dirigen todos al foro donde aparece Concha.)

ISABEL. Qué pasa?

ESCENA IX.

DICHOS, CONCHA, luégo QUICA.

CONCHA. Quica, que sin duda ha perdido la razon. Viene gritando como una loca! Trae un papel en la mano...

TODOS. Eh?

CONCHA. Aquí está. (Quica se presenta ébria de alegría.)

QUICA. Á ver! Que se me abran de par en par las puertas! Que bajen la cabeza los criados cuando pase mi persona! Ya no soy Quica, la mujer del Chato! Soy doña Francisca Martinez, la señora de don Roque Perales! Vaya! Y me puedo sentar delante de ustedes! (Sentándose.)

BALT. Pero serénese usted.

ISABEL. Qué es ello?

QUICA. Que tengo el mejor marido del mundo, y ahora mismo me voy en un coche á comérmelo á besos! Y si no me lo dejan sacar á buenas de la cárcel, compro á los carceleros, al juez, y si es necesario, al presidente del Consejo de Ministros...

EUG. Estás loca?

QUICA. De alegría, de satisfacción! Eugénico, si te hace falta algo, aquí está tu ama que ya es tan rica como tú.

TODOS. Cómo?

QUICA. Si para corazonadas no hay como mi Roque. No vendió el billete... y miren ustedes esto, y esto. (Enseñando el billete de la lotería y la lista que tiene en la mano.) Quince mil seiscientos noventa y cinco. Dos millones y medio de pesetas!

TODOS. Qué? (Con asombro.)

LUIS. No hay duda. (Cerciorándose.)

QUICA. Quinientos mil pesantes míos y remios.

LUIS. (Diez millones!)

ISABEL. (Qué contrastes los de la fortuna!)

CONCHA. Sea enhorabuena, Quica.

QUICA. Gracias, angelico.

BALT. Cuando dá Dios, dá de veras.

EUG. Ahora á conservarlos.

QUICA. Pues no que no! En cuanto compré la lista me subí corriendo como un corzo, porque me figuré la satisfacción tan grande que les iba á dar á ustedes. (Con retintín.)

TODOS. Sí.

QUICA. Pero me voy al momento á contárselo á todos, y á alquilar un cuarto; porque lo que es á la portería no vuelvo yo ni para cenar esta noche. Y me he de abonar á los teatros, y me pasearé por el Retiro en carretela descubierta, seguida de mozalvetes á caballo junto al estribo; porque novios los vá á tener ahora así mi hija. (Señalando con los dedos.) Digo! Con diez millones! Le vá á salir á real cada uno... Conque gracias por la enhorabuena. Ya vendré á ofrecerles á ustedes

mi nueva casa... Agur. Vaya, acompañeme usted hasta la puerta, como se hace con las señoras. (Á Isabel.)

TODOS. Eh?

QUICA. El dinero del mes se lo puede usted guardar para alfileres de la boda de Adela. (Á Isabel.)

ISABEL. Quica! (Enojada.)

QUICA. No haga usted caso: ya soy rica y tengo el derecho de decir lo que me dé la gana. Y si no acomodó, me despide usted. ¿Estamos? Que revienten ustedes de salud. (Dá un respingo y váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos QUICA.

ISABEL. La muy osada!

BALT. Déjala!

EUG. Sufre la embriaguez de la riqueza!

CONCHA. Pero qué suerte la suya!

EUG. El dinero no constituye la felicidad. (Baltasar reparando en Luis, que está sumido en hondas meditaciones.)

BALT. ¿Qué tiene usted? Se ha quedado usted pensativo?

ISABEL. Está usted pálido. ¿Se siente usted mal?

LUIS. No. Medito á mis solas que mientras el oro es en unos gérmen de la más espontánea alegría, es en otros torcedor agudo, si nó obstáculo para el cumplimiento de sus más sagradas obligaciones.

ISABEL. Cómo! No entiendo.

LUIS. Mi posición, señora, es muy delicada. Con todo, prefiero el lenguaje de la sinceridad.

BALT. (Hola!)

LUIS. ¿Quién, que no abrigue un alma superior capaz de comprender el rudo combate que sostengo, dejará de atribuir el grito de mi conciencia á una especulación miserable, indigna de un hombre de honor?

ISABEL. ¿Su honor? ¿El grito de su conciencia? (Aturdida.)

EUG. (¿Qué dice?) (Á Concha.)

CONCHA. (No sé.) (Á Eugenio.)

LUIS. Los severos cargos que con tanta razon me ha dirigido usted, (Á Isabel.) no hace mucho, (Recalcándolo.) han logrado despertar en mi alma los mal dormidos remordimientos.

ISABEL. Ah!

LUIS. Júzgueme la gente como quiera. Usted me ha salvado, y yo, al recoger la palabra que tan generosamente se me ha devuelto, salgo de aquí debiéndole á usted la ventura de aquella pobre niña y la paz de mi existencia. Adios. (Váse.)

BALT. (Qué cínica audacia!)

ISABEL. Pero... Dios mio!... (Anonadada.) Qué es esto?

BALT. Nada. Un nuevo actor, que por quinientos mil duros acaba de firmar la escritura para representar los papeles de hombre de bien. Tendrá éxito.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL y BALTASAR.

BALT. Me parece un paso inútil!

ISABEL. Mas inútil es no hacer nada.

BALT. Efectivamente; pero te queda el recurso de mantener tu dignidad.

ISABEL. Ah! ¿Crees que la pierdo procediendo de este modo?

BALT. No queda muy bien parada solicitando una entrevista del individuo que, desde su cuarto de conversion, no ha vuelto á poner los piés aquí ni siquiera para justificar su conducta.

ISABEL. Pues por eso mismo le llamo. No es el asunto de tan poca monta que no exija una explicacion.

BALT. ¿Aun la quieres más terminante? Despues de todo, yo consideraría como un beneficio esa ruptura.

ISABEL. Tú no te haces cargo de que la situacion de mi hija ha cambiado completamente. Hace unos dias ese rompimiento no hubiera producido más que un lesen-

canto en sus ilusiones; hoy que es pobre, representa un obstáculo en su porvenir.

BALT. Le queda su virtud por la que todavía habrá muchos que la quieran.

ISABEL. Sí; pero la virtud es un cuadro de colores sombríos que necesita una moldura dorada para que destaque.

BALT. Te engañas si piensas reducirle. Ese cínico no es un malvado de inspiracion; plantea problemas para encontrar soluciones fatales. Hace el mal por matemáticas.

ISABEL. Si tan empedernido tiene al corazon, me quedará al menos el recurso de echarle en cara su felonía.

BALT. Pase como un natural desahogo de tu justa indignacion. Pero tambien has mandado llamar á Quica, y eso, francamente, me parece una imprudencia.

ISABEL. Por qué? Alguna ventaja has de concederme sobre una mujer sin instruccion ni cultura.

BALT. Además, su causa es la justa; tu mision de suplicante es la menos digna; te expones á recibir una contestacion que te mortifique.

ISABEL. Baltasar; tú no has visto á Adela en mis brazos, desencajada, sin alientos, con el corazon herido, pidiendo que le devolvieran á su Luis, á quien ama con locura. Me he resuelto á dejarla en Aranjuez, porque de traerla á donde él está se me moriría de dolor, y vengo á representar mi papel como una verdadera artista, ya que á pesar mio tengo que tomar parte en la gran comedia.

BALT. Si es á pesar tuyo, rechaza la escritura.

ISABEL. No puedo; la ha firmado mi hija por mí..

ESCENA II.

DICHOS y QUICA.

QUICA.. Vengo porque se me llama.

ISABEL. (Ella.)

- BALT. (Buen principio!)
- ISABEL. Así es: tómese usted la molestia de pasar.
- QUICA. Yo pensé que á las personas de clase las anunciaban los criados. Aquí, aunque sea mala la comparacion. se cuele uno como los perros en misa.
- ISABEL. Prueba de confianza.
- BALT. Ó de que no la han reconocido á usted; porque como no se ha traído las talegas...
- QUICA. Eh?
- BALT. Pero en seguida voy á subsanar el error. Á ver: mayordomos, ujieres, pajes, todo el mundo á supuesto, que está aquí el premio gordo! (Váse dando órdenes.)
- QUICA. ¡Vaya un chiste!

ESCENA III.

ISABEL y QUICA, aquella muy amable, como quien espera atraerse á la otra por la dulzura. Ésta zumbona, como conociendo el plan de su antagonista y complaciéndose en fomentar su error.

- ISABEL. (Indicándole asiento.) Siéntese usted.
- QUICA. (Tomando el del lado opuesto.) No; á la derecha, que es el sitio que se dá á la visita. Ya me voy yo enterando de todos estos perfiles.
- ISABEL. Es natural; en su nueva posicion...
- QUICA. ¡Y qué cosas se ven desde esta altura!... Conque prontito; que hoy sueltan á Roque, y de aquí me marchó al Saladero, porque ya sabrá usted que tengo á mi marido en la cárcel por causas políticas.
- ISABEL. Ah!
- QUICA. Digo; así me lo han asegurado desde que me ha caído la lotería, y casi he llegado á convencerme de ello.
- ISABEL. Privilegios de la fortuna que yo soy la primera en respetar. Por eso ardía en deseos de darle á usted una explicacion, pues no quisiera que guardase usted un concepto equivocado de mí.

QUICA. Ya escucho. (Preparándose á la defensa.) (Vamos á ver cómo se explica; la espero con bayoneta calada.)

ISABEL. (Con fingida espontaneidad.) El dia que vino usted á exponernos sus justas quejas, debí parecerle á usted una mujer egoísta.

QUICA. Comprendí que defendía usted sus intereses.

ISABEL. No, para mí no los hay más sagrados que los de la razon; pero sin que esto sea deprimir á usted, su posicion entónces era de tal naturaleza, que yo no podía, sin humillarle, dirigir cargos á Luis en presencia de usted.

QUICA. Es cierto.

ISABEL. Por eso tuve que aguardar á quedarnos solos; y una vez sin testigos, tan directamente le hablé al alma, con tal vehemencia defendí la causa de usted, que la solucion más satisfactoria ha coronado mis esfuerzos, y hoy puedo rehabilitarme á sus ojos presentándome ante usted como el principal agente de su ventura.

QUICA. Vaya. Pues se lo agradezco á usted mucho. (Trata de llevarme por el camino más largo; yo no tengo prisa. Pronto vendrá el pero.)

ISABEL. Pero...

QUICA. (Ya está ahí.)

ISABEL. Como yo la quiero á usted de veras y me intereso por su suerte...

QUICA. (Si pudiera me mordería.)

ISABEL. No es justo que deje sin concluir mi obra. Quien hizo lo más, debe hacer lo ménos.

QUICA. Alma generosa! Dios le premiará á usted el uso que dá á su talento aconsejando á los que no tenemos aquí ni agua.

ISABEL. Quica; usted se ha parado á meditar con detenimiento todo lo que en su nuevo estado representa usted hoy en la sociedad?

QUICA. Así... á mi manera...

ISABEL. Está usted en el apogeo de la opulencia; en el pínaculo de la fortuna, y en el deber por consiguiente

de exigir para Cármen más vastos horizontes que los que su enlace con Luis le promete.

QUICA. (Ya pareció el peine.) Es verdad; pero vienen así las cosas...

ISABEL. Ahora atraviesan ustedes el momento de la brusca transición, y no hay nada que no les parezca satisfactorio; pero así que con el tiempo venga la madurez, y esa pobre niña vea que otras que valen mucho ménos han logrado partidos más brillantes... ¿No será un remordimiento para usted cada vez que ella le eche en cara la oscuridad en que la ha sumido su posible imprevision?

QUICA. Caramba! Señora... Qué léjos alcanza usted...

ISABEL. No tal; sino que poseo más experiencia del mundo, y me duele que una familia hourada vaya por su buena fé á ser víctima de un engaño.

QUICA. (Cómo inciensial)

ISABEL. Porque... venga usted acá, Quica. No hay que hacerse ilusiones: ¿cómo puede usted suponer que Luis se case por amor con Cármen, cuando, minutos ántes de nuestra entrevista, acababa él mismo de fijar su boda con Adela?

QUICA. Se querían, es verdad.

ISABEL. Entrañablemente... mi hija; porque él es incapaz de profesar cariño á nadie.

QUICA. Nada, nada; que es el puro evangelio. Hoy no se le pregunta al prójimo de dónde viene, sino cuanto vale. Y el que yo haya barrido las escaleras,—porque eso no hay millones que me lo quiten,—no obsta para que Cármen con su educacion y su fortuna pueda aspirar hasta á... un título.

ISABEL. No lo dudo.

QUICA. Figúrese usted... ¡Yo, marquesa madre! Y todo venía que ni de molde; de esta manera lograba usted que Luisico se casase con su chica.

ISABEL. (Eh!) Yo?

QUICA. Digo... si tan apasionada está!...

- ISABEL. (Es astuta!) Sean los que fueren los sentimientos que Adela abrigue todavía por él, he inculcado en mi hija la dignidad suficiente para que sepa ahogarlos ántes que faltar al decoro que le impone su situacion. Ese hombre ha concluido para nosotras, y crea usted, Quica, que me felicito de ello.
- QUICA. (Qué aplomo!)
- ISABEL. Ojalá se reconozca usted y llegue á persuadirse de que, al entrar en su familia, no le induce á Luis otro móvil que una soez especulacion.
- QUICA. Bien puede ser. Por eso sin duda lo ha precipitado todo; tanto que yo le digo: «No parece sino que te vas á morir.» Porque ya le hablo de tú; como vá á ser mi yerno, ¿á que andarnos con cortesías?
- ISABEL. Sí?
- QUICA. En menos de dos semanas él nos ha procurado cuarto, un poco de dinero á cuenta del billete; porque de aquí á que se cobre... Ha dispuesto los preparativos, dispensado las amonestaciones y, en fin, que mañana es la boda.
- ISABEL. Mañana? (Conmovida.)
- QUICA. ¿Se ha asustado usted?
- ISABEL. Por el porvenir de Cármen que doy por destruido.
- QUICA. ¡Qué buen corazon!
- ISABEL. No en vano vivieron ustedes diez años en mi casa; la he conocido pequeñita; la tuve en mis brazos...
- QUICA. Y ahora vé usted que se ha hecho ya tan grande que... no puede usted con ella. (Riendo á carcajadas.)
- ISABEL. De qué se rie usted... tan á gusto? (Desconcertada.)
- QUICA. De usted, señora. (Desvelando la situacion.)
- ISABEL. Cómo?
- QUICA. Bien dice don Baltasar que el mundo es un gran teatro; y para comediantas su prima.
- ISABEL. En suma...
- QUICA. Que lo mismo le interesa á usted mi suerte que la del Gran turco. Lo que usted busca es que yo le ceda el yerno, porque... le hace falta. (Con intencion.)

ISABEL. Á mí? (Asombrada.)

QUICA. ¡Ea! no más farsas; juguemos á cartas vistas. No son sólo las hijas de las porteras las que tienen prisa en casarse. (Con insultante ademán.)

ISABEL. (Exaltándose por lo que supone una impostura.) Por qué infernal suspicacia se cree usted en el derecho de venirme á insultar?

QUICA. ¿Pero aun tiene usted valor de fingir en mi presencia? Si lo sé todo. Resignacion; los papeles se cambian.

ISABEL. (Con ira y clavándose las uñas en las manos.) Miserable! ¿Dónde se ha forjado esa infame calumnia?

QUICA. No me haga usted reir. Pues qué; ¿no he visto yo la carta?

ISABEL. ¿Cuál?

QUICA. La que el criado de Luis le ha llevado á mi casa hace un momento.

ISABEL. De mi hija?

QUICA. Cabal. Y como Cármen estaba presente, ha habido lo de: «Es suya.» «Que no.» «Que sí.» «Que me dejes leerla.» Y con un «no me quieres» y unos cuantos suspiros, la chica que no es manca ha abierto el papel y... ¡Vamos! que es una alhaja la niña de usted.

ISABEL. (Con el extravío de la desesperacion.) Dios mío! ¿Mi Adela encenagada?... (Llamando como si pidiera auxilio.) Baltasar!...

QUICA. (Presintiendo su indiscrecion.) ¿Pero... verdaderamente, usted no tenía conocimiento?...

ISABEL. Yo no puedo sola con este golpe. Baltasar!...

QUICA. (Pues me he lucido!)

ESCENA IV.

DICHAS y BALTASAR.

BALT. Esas voces!...

- ISABEL. Me vuelvo loca: tanto sufrimiento es superior á mis fuerzas.
- BALT. Qué pasa?
- ISABEL. (Fuera de sí.) Que mi hija es la más envilecida de las mujeres...
- BALT. Qué? (Aturdido.)
- ISABEL. Y Luis el más despreciable de los hombres.
- BALT. Pero eso es imposible; alguna impostura...
- ISABEL. No; una carta de ella... interceptada por Cármen. ¡Es la desnuda realidad! (Cediendo al dolor se deja caer on una silla sollozando.)
- BALT. Trance terrible!
- QUICA. Si yo hubiera imaginado que ustedes lo ignoraban... (Y despues de todo: ¿que lo sepan, qué?)
- ISABEL. (Rohaciéndose.) No; no puedo persuadirme. Aquí hay de por medio alguna malevolencia. Usted ha mentido.
- QUICA. Señora! Eso nunca. Y si no, presente está quien puede decirlo. (Viendo aparecer á Luis.)
- BALT. Luis!
- ISABEL. Él! (Tratando de precipitarse sobre Luis como una fiera.)
- BALT. Calma! (Conteniéndola.)
- ISABEL. Sí... Más vale. (Dominándose)

ESCENA V.

DICHOS y LUIS.

- LUIS. (Respetuoso á Isabel.) Me manda usted venir...
- QUICA. (Le había dado cita. ¡Qué tal si estaba en autos!)
- ISABEL. Una sola pregunta. ¿Es verdad que despues de haber merecido mi desprecio de mujer se ha procurado usted títulos á mi indignacion de madre?
- LUIS. Qué?
- QUICA. Nada; que se me fué la lengua; que conté lo de la carta y que me ha puesto de embustera esta señora... como si no me hubiese caído la lotería.
- LUIS. (Imprudente!) (Bajando la cabeza.)

ISABEL. (Convenciéndose de su desgracia.) Calla usted? Por olvido siquiera, ¿ha quedado algun resto de honor entre sus torpes sentimientos?

LUIS. No me martirice usted!

ISABEL. Puedo esperar que rehabilite usted á mi hija?

QUICA. Eh? Poco á poco; la mia es primero.

BALT. (Á Quica.) Déjele usted, señora, que aquilate el peso de su doble falta por la inclinacion de su conciencia. Vamos; suene usted.

LUIS. (Humillado.) La mia, no por cálculo, sino por conviccion, me dicta ser más clemente con la mayor desgracia.

BALT. Y cuál es ella?

QUICA é ISABEL. Sí.

LUIS. La que privada del beneficio de la educacion, sucumbe por carecer además de las luces del entendimiento.

QUICA. Bien, Luisico. (Abrazándole.)

ISABEL. Oh! Si yo fuera hombre!... (Desesperada.)

BALT. Harías lo que la prudencia me aconseja á mí mismo que lo soy y no asisto indiferente al espectáculo de tus desventuras. ¿Alcanzarías con la violencia lo que no logra la persuasion? (Ap. á Isabel.) (No, Isabel: el escándalo sería el producto de tu conducta irreflexiva, y en tus circunstancias debes amordazar al dolor para que no le venda ningun grito.)

ISABEL. (Ap. á Baltasar.) (Dices bien.) (Á Luis.) Al menos me devolverá usted sus cartas.

LUIS. Señora...

ISABEL. Tampoco?

LUIS. No me juzgue usted torcidamente. La ira es mala consejera, y necesito precaverme de la de una madre que acaso adujese delito donde sólo existe complicidad.

BALT. (Qué perversidad tan meditada!)

ISABEL. Qué... asco!

QUICA. (Á Luis.) Pero nos puede causar algun perjuicio?

- LUIS. El *marido* de Cármen cumplirá con este sagrado deber.
- ISABEL. (Á Luis.) Basta. Salga usted de aquí.
- QUICA. Pues no lo toma poco fuerte!
- ISABEL. Y usted también.
- QUICA. Eh?
- LUIS. Respeto su justo enojo. (Retirándose.)
- QUICA. Sí, hijo, sí; respetémoslo y vámonos ya que nos despiden. Pero... tenga usted más calma. No se desespere usted por una travesura de muchachos... (Recordando á Isabel en son de zumba sus propias palabras.)
- ISABEL. Qué?
- QUICA. En que despues de todo la responsabilidad no es sólo de Luis. Adelica ha sido siempre una muchacha un poco ligera...
- ISABEL. Quica!
- QUICA. Y usted debió haberla educado con más severidad.
- ISABEL. (Qué tormento!)
- QUICA. Conque... Pata! (Váse.)

ESCENA VI.

ISABEL y BALTASAR.

- ISABEL. Baltasar! (Sollozando.)
- BALT. Es triste, pero lógico. Cuando hay cambio de papeles es preciso soportar las consecuencias de la situacion dramática.
- ISABEL. (Sujetándose la cabeza.) Siento aquí una mezcla confusa de ódio, de perdon; de envilecimiento, de cariño. Cuando reflexiono que los esfuerzos de toda la existencia de una madre, de quien no ha recibido sino ejemplos de virtud, se han ido á estrellar contra las sonrisas de un extraño—á quien ha dado el derecho de pisotearla sin haber como yo velado su agonía, dirigido su inteligencia, cultivado su corazon.—siento algo así como celos y envidia que no deja paso

en mi alma más que al sutil veneno del enojo. Pero al recordarla á mis piés, pálida como un cadáver, buscando en mi apoyo alivio á lo que yo juzgué la pérdida de una ilusion, y era el peso de una falta, llorando casi niña un dolor que exige la fortaleza de una mujer, la clemencia reclama su imperio y acaba por sobreponerse á todo; porque... (Enternecida.) cuánto más desgraciada la miro, más hija mia me parece.

BALT. ¡Pobre Isabel! Por Dios, que Concha no se aperciba.

ISABEL. Sería marchitar su inocencia. ¿Pero qué resolucion tomar? Porque hay que hacer algo por esa desventurada! Qué arcanos los de la naturaleza! Delinque una hija y es la madre ofendida la que más se afana por su redencion...

BALT. Concha viene; seca tus lágrimas!

ISABEL. ¡Qué feliz eres, Baltasar!

ESCENA VII.

DICHOS y CONCHA.

CONCHA. No hay nadie con vosotros?

BALT. No.

CONCHA. Entónces la ocasion es oportuna.

ISABEL. Traes alguna nueva?

CONCHA. Sí; pero esta vez no es dolorosa. Diríase que la Providencia, que me eligió para el daño, me reserva ahora para la compensacion.

ISABEL. Qué es ello?

CONCHA. Antes prepárate, porque tambien matan las grandes alegrías.

BALT. (La presiento.)

CONCHA. (Con mimo á Isabel.) Ya no se llora más; se acabaron las aflicciones.

ISABEL. Sí.

CONCHA. El azar te ha despojado de una fortuna? El cariño viene á ofrecerte otra. Adela perdió, felizmente, un amor

interesado, y Dios le envía un marido modelo de abnegacion.

ISABEL. Pero... ¿qué dices?

BALT. (Hija de mi alma!)

CONCHA. (Con júbilo mezclado de un resto de pasada amargura, que se trasluce cada vez que acentúa más su sacrificio.) Que, sin perjuicio de confirmar el acto con la solemnidad debida, tengo la satisfaccion inmensa de pedirte la mano de mi prima para Eugenio.

ISABEL. (Mirando á Baltasar.) Para Eugenio?

CONCHA. Sí!

ISABEL. (Ap. á Baltasar con pena.) (En qué circunstancias!)

BALT. (Ap. á Isabel.) (El destino se divierte á veces en burlarse de la humanidad.)

ISABEL. Concha...

CONCHA. No me arguyas, porque no tienes ninguna razon valdadera que oponer.

ISABEL. Varias.

CONCHA. Á ver una.

ISABEL. En primer lugar que tú le amas.

CONCHA. Ya volvemos á la mania? Eso no es verdad.

BALT. Cuidado! No se miente.

CONCHA. Quereis que así sea? Bueno; pero voy á demostraros que poseo más lógica que vosotros, Suponiendo que mi afecto le perteneciese ¿había de ser obstáculo para la felicidad de Adela el que yo le amase, si él no me ama á mí?...

BALT. ó ISABEL. Ah!

CONCHA. Ya veis que vuestra causa está perdida. (De cuando en cuando se cruzan miradas significativas entre Isabel y Baltasar.)

ISABEL. Además, el asentimiento en nuestras circunstancias tendría las apariencias de una especulacion.

CONCHA. Lo mismo se le ocurre á él. Teme solicitar el cariño de Adela, por si álguien presume que lo compra. Pero yo que leo en el alma de todos, dirimo el asunto y á tí no te toca más que decir amen.

ISABEL. (Qué hermosa es la inocencia!) (Ap. á Baltasar.)

BALT. (Id. á ella.) (Y qué poca recompensa alcanza!)

CONCHA. Conque... ¿estamos de acuerdo?

ISABEL. No insistas.

CONCHA. Qué obstinacion!

ISABEL. Concha, yo doy por sentado que Eugenio la quiere.

CONCHA. Mucho.

ISABEL. Pero mi hija está aún bajo la influencia de su... afliccion, y no es posible que, aunque alcance á agradecerlo, se resuelva á aceptar el porvenir que se la ofrece.

CONCHA. Pues esa objecion sí que es de peso! ¿Me hubiera hecho yo cargo de la embajada sin la conformidad de los poderdantes?

ISABEL y BALT. Cómo? (Con extrañeza.)

CONCHA. Necesito que me perdoneis, porque se trata de un verdadero complot.

ISABEL. Habla.

CONCHA. El mismo dia de la ruptura de Luis, Eugenio me acababa de confiar sus cuitas. La comparacion entre aquellos dos hombres, todo cálculo y maldad el uno, nobleza y honradez el otro, me impresionó tan hondamente que, en lugar de asociarme al dolor de mi prima, le escribí una carta dándole la más calurosa enhorabuena por el oportuno desenlace de su situacion.

ISABEL. Sí?

CONCHA. Entónces, con una habilidad... de que no me creía susceptible, empecé por exponerle los méritos de mi protegido; seguí patentizándole, en el concepto de una suposicion, la diversa suerte que le esperaba de haber encaminado sus inclinaciones de aquella parte. «¿Quién sabe,» me atreví á aventurar, «si una mano generosa no podría convertir aun en risueños tus nublados horizontes?» Y aquí indicando tímidamente la aspiracion de Eugenio, acentuándola un poco despues, desarrollando por último, en toda su magnitud el cuadro de su pasion correspondida; de párrafo en párrafo, de pliego en pliego, acabé por pro-

ducir una obra tan elocuente, que, según confesión de Adela, más que en el afán de la ajena dicha parecía haber bebido la inspiración en mis propios sentimientos.

BALT. (Corazón de oro!)

ISABEL. Y ella te contestó? (Temerosa.)

CONCHA. No en seguida. Necesitaba reflexionar.

ISABEL. (Temiendo descubrir en su hija una veleidad punible.) Y qué dijo?

CONCHA. Se felicitó conmigo de su desengaño; hizo, como yo presumía, el elogio de las virtudes de Eugenio; pero objetaba que con la desaparición de sus bienes y ante la conducta de su prometido, un deber de delicadeza le aconsejaba declinar tamaña honra así por respeto á su afección perdida como por decoro á su pobreza.

ISABEL. (Á Baltasar con satisfacción.) (Ah! Todavía tiene dignidad!)

CONCHA. Por fortuna la índole confidencial de la carta, le arancó más espontáneas revelaciones; y depositando en mí sus íntimos pensamientos, me hizo saber con el sencillo lenguaje del candor, que había accedido á su boda con Luis, más por obedecer á tus consejos maternales que por vocación suya.

ISABEL. Eh? (Bruscamente desengañada y comprendiendo el alcance de la astucia de su hija.)

CONCHA. Que nunca le había amado realmente, mientras había sentido por Eugenio una admiración que no acertaba á explicarse, y que se consideraría la mujer más feliz si, desaparecidos los escrúpulos de su resistencia, lo-graba llevar alguna vez su nombre sin detrimento de la dignidad.

ISABEL. (Indignada.) Eso ha escrito mi hija?

BALT. (No te vendas.) (Á Isabel.)

CONCHA. Inútil es añadir, que en cuanto recibí su confesión se la comuniqué á Eugenio; quién, ébrio de alegría, corrió en busca de Adela, oyó de sus labios la confirmación de sus esperanzas, y hoy mismo... vá á venir á pedírtela por mujer.

ISABEL. (Tomando una resolucion.) Concha. Déjame á solas con tu padre.

CONCHA. Quieres reflexionar? Enhorabuena; pero la solucion está prevista.

ISABEL. Oh! Eso...

CONCHA. Advierte que he garantido el éxito de la mision.

BALT. No te obstines.

CONCHA. (Á Isabel) Déjame pagaros del único modo que puedo los beneficios que nos concedeis.

ISABEL. (Besándola.) Ángel bueno! Anda, anda.

CONCHA. (Dios mio! Ahora ya no me exijas más: he traspuesto el límite de mis fuerzas.) (Váse.)

ESCENA VIII.

ISABEL y BALTASAR.

ISABEL. Pero... ¿qué mónstruo tengo yo por hija?

BALT. No; no te mima la suerte.

ISABEL. ¿Cómo se alberga tanta doblez en un corazon tan tierno? Quién le ha enseñado á vestir de júbilo el semblante cuando lleva de luto el alma? ¡Si me confundo! Si concibo aún ménos que su liviandad el aplomo con que ha mentido amor á otro hombre, sin temer que el remordimiento pudiera trocar en mueca su sonrisa ni hacerle traicion la sinceridad de la juventud! Qué dominio de sí misma! Qué fortaleza en sus resoluciones! Qué prematura podredumbre de sentimientos!...

BALT. No te arrebatas, Isabel.

ISABEL. Tienes razon: se interesa uno por las causas dignas; lo que no merece estimacion se desprecia. Pero... soy muy desgraciada!... (Rompiendo á llorar.)

BALT. Te compadezco.

ISABEL. La he perdido para el corazon. (Recobrando su calma con una resolucion violenta.) Ea! que se case y que Dios la haga muy dichosa.

BALT. (Asombrado.) Eh? Que se case has dicho?

ISABEL. Y bien?

BALT. Con Eugenio?

ISABEL. Pues es claro.

BALT. ¿Y tú ceñirás la corona simbólica; le vestirás los atavíos de la virtud; imprimirás con tus labios en su frente el sello con que la madre legaliza ante el esposo la legitimidad de la pureza? Si tal haces, no tienes razon en llamar mónstruo á tu hija. Llámala hija tuya.

ISABEL. ¿Pues qué quieres? Que me convierta en su delator? Que vaya pregonando su falta? Que la separe yo misma del altar, cuando no ha de haber nadie tan osado que la acuse? Yo no sé cómo vosotros comprendéis el vuestro; para nosotras el deber consiste en ser madre.

BALT. Porque no se os ha de mentir ese título. Pero los que como Eugenio pueden ir á la paternidad seguidos del escarnio, tienen el derecho de exigir de las madres, no que lo parezcan, sino que lo sean.

ISABEL. Profesas un puritanismo inpropio de nuestros tiempos; hoy se es más flexible.

BALT. ¿Mas flexible con el hombre que se despoja de lo suyo para dároslo á vosotras, y que se complace sin retribucion en la ventura ajena? Méenos puritano con quien ahoga su cariño para no turbar vuestra alegría mientras os vé felices, y así que sufrís os ofrece el corazon como emisario de sus tesoros? Y aunque fuese un extraño. No, Isabel: si te resuelves á representar esa comedia, á mí que no me toque ni el papel de comparsa; porque hasta como personaje mudo puedo comprometer la situacion.

ISABEL. Serías capaz de vendernos?

BALT. Venderos, nunca; pero no dejarme comprar, siempre.

ESCENA IX.

DICHOS y QUICA.

QUICA. Aquí estoy yo.

BALT. Cómo?

ISABEL. Usted en mi casa?

QUICA. Y tanto.

ISABEL. Pero...

QUICA. No haga usted aspavientos. Aún tiene usted que agradecerme el que me haya decidido á venir dejándome la dignidad en la portería. Conque... al grano.

ISABEL. (Cuánta humillacion!)

QUICA. Volví yo en coche con mi marido del Saladero, cuando en la red de San Luis veo á Eugenio que subía en su carruaje. «Aquí tienes al reo de Estado,» le grito al pasar haciendo sacar á Roque la cabeza por la ventanilla. «Sea enhorabuena» nos contesta. Y ya estaba arrancando su tronco en direccion contraria á la de nuestra aleluya, cuando poniéndose las manos en la boca y asomándose al cristal: «Quica,» me dice; «te participo que me caso con Adela.»

ISABEL. Ah!

QUICA. Mire usted, en seguida me sentí un bochorno que me puso la cara como una amapola. Me quise bajar; pero Eugenio ya iba léjos, porque aquellas yeguas en tomando el trote hágase usted cuenta de que son un ferro-carril! Roque me lo conoció, y, vamos, como yo no tengo secretos para con él...

ISABEL. Imprudente!

QUICA. Puede usted confiar en su reserva, señora; es muy decente mi esposo, aunque me esté mal el decirlo. La noticia le montó en cólera, y poniéndose á manotear: «Esto no quedará así,» exclamó; «el trago no es parado de frente, pero yo soy un hombre de honor y le voy á escribir un anónimo.»

BALT. ¿Cómo?

ISABEL. Qué infamia!

QUICA. Qué! podía yo calmarle? Al cabo lo conseguí prometiéndole que vendría á hablar con usted para impedir que esa boda se lleve á efecto. Conque, aquí estoy y usted dirá.

ISABEL. Lo que digo es que no sé qué derecho se atribuyen los extraños de ingerirse en mi vida privada, pidiéndome cuentas que ni quiero ni debo dar.

QUICA. Cómo? Señora! Pues qué?... ¿Eugenio no es casi un hijo para nosotros? Si usted casase á la muchacha con Perico el de los palotes yo me haría la muerta; porque como reza el cantar: «Cada cual cuide de sigo, tú de tigo y yo de migo.» Pero con él ni soñarlo; y si usted se obstina, hasta lo pongo en los periódicos. Es un deber de conciencia. ¿No, don Baltasar? (Éste elude la contestacion.) Calla usted? Me lo explico; pero quien calla otorga.

BALT. (Ap. á ella.) (Convéncete, Isabel.)

ISABEL. ¿Y de qué tengo yo que convencerme? Harto nécia he sido dando crédito por un instante á insidiosas maquinaciones.

LOS DOS. Cómo?

ISABEL. Que en todo esto no hay más que un ruin espíritu de venganza, una grosera calumnia urdida para manchar nuestra reputacion é impedir que mi pobre Adela disfrute del beneficio que la depara su desengaño. ¿Dónde está esa carta? No existe. Y si no, ¿por qué no se me entrega?

QUICA. Eso quisiera usted para arrebatárnosla.

ISABEL. Yo?

QUICA. Justo, porque su hija de usted es menor y, sin ese testimonio, podría jugársele una mala partida á Luis. Ya me lo ha explicado él. Pero descuide usted, que mañana es la boda; y desde el altar prometo traer aquí á mi yerno para restituir la misiva y que usted se convenza cuando nosotros no tengamos ya nada que temer.

ISABEL. Egoístas!

BALT. Nosotros?

ISABEL. Nadie penetra en mi situación para disculpar mi conducta. Ninguno vuelve los ojos hácia su hija para preguntarse lo que haría en mi caso. Todos evocan el deber, porque no necesitan de la clemencia. Pues bien; lucharé sola. Apelo al tribunal de las madres.

BALT. Á mí no me tomeis como testigo.

QUICA. Pues yo declaro; pero en contra.

ISABEL. Mónstruos!

BALT. Tú nos acusas?

QUICA. Y está muy persuadida de que la ofendemos.

ISABEL. Quica!

QUICA. Como en las comedias, lo mismo. En poniéndose una corona de cartón ya creen los cómicos que son reyes de verdad.

BALT. Vuelve en tí.

ISABEL. Calla, ingrato.

BALT. Ingrato? (Herido.)

QUICA. Aquí está Eugenio.

ISABEL. (Ap. á ellos, amenazadora.) No me obliguen ustedes á llegar hasta el heroísmo de la desesperacion.

ESCENA X.

DICHOS y EUGENIO.

EUG. Para nadie es ya un secreto la realizacion de mis esperanzas; puedo por lo tanto abandonarme á la expansion delante de ustedes.

ISABEL. En efecto... hemos sabido... (Coartada)

QUICA. Sí; todo.

EUG. Aguardo impaciente, señora, que dicte usted mi sentencia.

ISABEL. (Mirando con recelo.) Yo?... (Vete.) (Ap. á Baltasar.)

QUICA. (Oyendo la frase anterior y deteniendo bruscamente á Baltasar.) No se vá.

BALT. (Ap. á Quica.) (Por Dios! Va á apercibirse.)

- QUICA. (Que se aperciba.)
- ISABEL. (Oh!) Me parece que una cuestion tan íntima no es para tratada delante de testigos.
- EUG. ¿Quién es aquí extraño á mis proyectos? Déjeme usted hacer á todo el mundo partícipe de mi alegría.
- QUICA. (Á mí no me arrancan de este sitio; pues poco interés tengo yo!...)
- EUG. Y bien? (Á Isabel.)
- ISABEL. En mis circunstancias es muy difícil dar á usted una contestacion terminante. Recibo un alto honor con la preferencia de que hace usted objeto á mi hija... (Amenaza de Quica y transicion en Isabel.) Pero... Adela es pobre...
- EUG. Así la quiero más. No es rica en virtudes? (Movimiento inevitable de Baltasar. Eugenio se apercibe y le dirige estas palabras de consuelo.) Perdone usted, excelente padre, el daño que le infiero á pesar mio.
- QUICA. (El daño? Ah! Sí: su hija que está enamorada de él.)
- BALT. (Aprovechando el pretexto para eludir su presencia.) Es verdad; sufro mucho y no son estos instantes para acibarados por el cuadro de ninguna afliccion.
- EUG. (Deteniéndole.) Seré prudente; pero no me niegue usted su concurso.
- QUICA. Tiene razon. ¿Á qué andar con rodeos? La cosa hay que ultiarla sobre el terreno. Sí ó no, como Cristo nos enseña.
- ISABEL. (Enjugándose las lágrimas.) (Qué suplicio!)
- EUG. Lloras usted?
- ISABEL. Cómo evitarlo? Hay gente tan empedernida... Le rodean á uno tantos enemigos...
- EUG. Los conozco, señora, y no valen las lágrimas que usted vierte por ellos.
- TODOS. Cómo!
- EUG. Á mí tambien me han alcanzado sus rigores. Pero ¿cuándo la felicidad no ha ido acompañada de la envidia?
- ISABEL. Es cierto.

- EUG. Más si han pensado torcer mis inclinaciones, no han hecho sino avivarlas con el anónimo que he recibido
- TODOS. Ah!
- QUICA. (No pudo contenerse Roque.)
- EUG. Porque sólo la mentira se esconde para herir, y del traidor no pueden esperarse más que villanías.
- QUICA. (Villanías! Él que pensaba que era un rasgo de caballero...)
- EUG. La virtud de Adela está por encima de todas esas ruindades á las que usted debe contestar, como yo, con la sonrisa del desprecio.
- BALT. (Y á esto se le engaña...)
- QUICA. (Pobrecito.)
- ISABEL. Alma grande!
- EUG. No; es un sentimiento de justicia. Cualquiera en mi caso haría lo propio. Pregunte usted á cuantos nos rodean. ¿No es verdad, don Baltasar, que más honrada que ella no hay ninguna?
- ISABEL. (Dios mio!)
- BALT. Me había usted asegurado que sería clemente conmigo...
- QUICA. Pero ahora el caso es otro. No se le pide á usted más que una opinion.
- ISABEL. (Sierpe maldita!)
- BALT. Déjenme ustedes salir. Me ahogo.
- QUICA. (Deteniéndole.) Sin hablar nunca; ó tomo yo la palabra.
- EUG. Esa obstinacion!... ¿Sería usted tal vez de los que la acusan? (Á Baltasar.)
- BALT. Eugenio, por piedad.
- EUG. Isabel, obliguele usted á explicarse.
- ISABEL. Yo... no comprendo...
- EUG. Quica, tú que me has dado tu sangre; tú que no debes mentirme; sácame de esta horrible confusion.
- BALT. Eso vale más.
- EUG. Qué? (Volviendo al lado de Baltasar para dar cabida al aparte de las dos mujeres.)
- ISABEL. (Ap. á Quica.) (Si profiere usted una frase que la com-

prometa; si nos hace usted traicion, destruyo el casamiento de Cármen con Luis.)

QUICA. (Cómo?) (Aterrada.)

ISABEL. (Siguiendo el aparte.) (Interpongo impedimento. La ley me protege. Adela es menor. Elija usted.)

QUICA. (Diantre!)

BALT. Que hable ella. (Por Quica.)

EUG. Pronto; restaña mi herida.

QUICA. (Mucho me interesa éste; pero mi hija es primero.)

EUG. La verdad.

QUICA. La verdad? Pues hombre, eso no se pregunta. Adela pasa con justicia por un modelo de perfecciones.

TODOS. Ah!

BALT. Sueño?

QUICA. Y el que llevase en lenguas su fama, si no es un loco, abriga de seguro miras particulares. (Me han cogido por el lado flaco. Allá ellos se las compongan.)

EUG. Gracias, señor.

BALT. (Arrebatado por el enojo y dirigiéndose á Eugenio é Isabel respectivamente.) Y usted la cree? Y tú callas? Y todavía permanece muda mi conciencia? Oh! No. Sobre todos los sentimientos de gratitud; sobre todas las preocupaciones sociales está el deber, está la razon, está la justicia. Y cuando se los vilipendia, cuando se los escarnece, cuando se los estrangula para que no griten, es fuerza acudir en su auxilio y rehabilitarlos, si no se quiere que la honradez acabe por ser en el mundo la vergüenza de los que la practican.

EUG. La causa está fallada en mi ánimo, y esas declamaciones sólo contribuyen á empeorar la situacion de usted.

BALT. No alcanzo...

EUG. Como Quica ha dicho muy bien, únicamente un fin egoista puede conducir á ese extremo. Y aunque á usted le disculpe su exagerado amor de padre; aunque yo haya oido de sus labios que por su hija iria usted hasta el crimen, francamente, no le creía á usted ca-

paz de descender á ese abismo.

BALT. Que yo le separo á usted de Adela para atraerlo á Concha? Pero es esto posible? Es real el espectáculo á que asisto? El amor sacándose los ojos para no ver la evidencia; el verdugo convirtiéndose en víctima; la impostura poniéndole á traicion á la rectitud el disfraz del crimen para que se la confunda por la espalda. Pues bien; mírenme ustedes de frente; reconózcanme; soy yo. Y acuso sabiendo que corro á la miseria; y delato ante mi hija moribunda, porque ni el hambre ni la muerte han de obligarme jamás á hacer pactos con la deshonra.

EUG. Esa conviccion!... (Titubeando en su fé.)

BALT. Mentida. Soy un ingrato.

EUG. Ese enojo?...

BALT. Fingido. Aquí no hay más que un impostor.

EUG. Pero...

ISABEL. (Con aires de dignidad.) Eugenio! ¿Se atreve usted á sospechar?

EUG. Señora...

ISABEL. Basta. Es usted indigno de mi hija. Ahora yo se la niego á usted.

BALT. Cómo espolea su deseo!

EUG. Oh! No! (Suplicante.)

QUICA. (Ap. á Eugenio.) (Si hasta el anónimo es obra suya.)

EUG. Perdon, Isabel, perdon; ya no dudo.

BALT. (Fuera de sí.) Artistas del egoismo; farsantes de la conveniencia; cómicos del inmundo *yo*: representad vuestro papel; desprecio vuestros oropes, me burlo de vuestro talco, pisoteo vuestra guardaropía y os escupo á la cara envuelto en los harapos sin ficcion de mi decencia.

ISABEL. (Siento que el valor me abandona.)

ESCENA XI.

DICHOS y CONCHA.

CONCHA. Padre!... Esos gritos?

BALT. Alma mía; salgamos de aquí.

CONCHA. Por qué?

EUG. Se mancilló la honra de Adela. (Á Concha.)

CONCHA. (Horrorizada.) Jesús! ¿Y quién es el infame que así la ultraja?

QUICA. Su padre de usted.

CONCHA. Tú? (Anonadada.)

EUG. Hasta su propia hija le vende.

BALT. (Abrazando á Concha.) ¿Y qué entiende ella de vicios si es toda bondad; y la virtud es como el sol, que no puede saber lo que son tinieblas, porque en cuanto las toca se le vuelven luz?

TODOS. Ah!

EUG. Isabel, concluyamos.

ISABEL. (Conmovida y vencida por la situación.) Sí, concluyamos. (No puedo más.) Adela no será nunca la esposa de usted. (Pausa.)

EUG. (Tras una resolución.) Entónces... yo sé lo que hacer me toca. Adios. (Váse.)

ISABEL. (Á Baltasar.) Ya estarás satisfecho! Oh! No tienes entrañas. (Váse.)

QUICA. Es usted de piedra. (La sigue.)

ESCENA XII.

CONCHA y BALTASAR.

BALT. Y las teneis vosotros, miserables reptiles que no vomitais más que veneno, y á quienes hay que aplastar la cabeza para librar al mundo de vuestra ponzoña?

CONCHA. Cálmate.

BALT. Y le haceis cargos al hombre que lleva la agonía en el alma, el infierno en la frente y la desesperacion en los brazos? (Por su hija á quien estrecha convulsivamente.)

CONCHA. (Suplicante y pasándole la mano por la frente como si quisiera evitarle la locura.) Padre mio! Serénate. Si no por ellos por mí...

BALT. (Rehaciéndose con una brusca transicion inspirada en el cariño de su hija.) Por tí? Ya estoy tranquilo. Tienes razon. Todo eso no es más que una comedia. ¡Bravo! Bravo! Los actores; que salgan!.. (Queda aplaudiendo frenéticamente como si asistiera á un éxito teatral, mientras su hija cae á sus piés, abrazándole las rodillas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL mirando por el balcon.

ISABEL. Es la comitiva que llega á la iglesia. Hasta la casualidad me pone el templo delante, para que vea cómo se derrumba el último baluarte de mis esperanzas! Ni un amigo de Luis entre los pocos convidados que se apean de los coches. Qué alegría tan vergonzante! Qué sello de especulacion! Más que una fiesta parece eso un mercado. Ah! Quica me ha visto; me hace señas... Insolente! Me desafía con su triunfo; insulta mi desgracia... La desprecio. (Retirándose del balcon.) Sí; pero su hija reconquistará el prestigio, mientras la mia apenas si entre las carcajadas de la multitud podrá recoger, como limosna, alguna mirada de compasion. Pobre Adela! (Viendo á Baltasar.) Ah! Por fin te dejas ver?

ESCENA II.

ISABEL, BALTASAR.

BALT. No he querido turbar tus reflexiones hasta que la serenidad se restableciera en tu espíritu y estuvieras en disposición de oírme ántes de separarnos.

ISABEL. Separarnos! ¿Qué dices? Cuando más necesidad tengo de tu apoyo, cuándo con mayor empeño busco tu fortaleza para proseguir la obra de mi redencion ¿pretendes abandonarme? Ven, ven aquí y escucha con benignidad las expansiones de mi alma! (Se sientan.)

BALT. Primero, déjame pedirte perdon, Isabel.

ISABEL. Tú?

BALT. Te sorprende?

ISABEL. La razon, la justicia arrojándose á los piés de... de una madre, á quien solo ese título puede justificar.

BALT. Pero es que yo... no estoy seguro de mí.

ISABEL. Cómo?

BALT. Sufro crueles tormentos. Cada vez que se reproduce en mi memoria la escena de ayer, dudo si esa madre alucinada, su fementida cómplice, y el hombre honrado, juguete de maquinaciones tan horribles, me dá derecho á atropellar los deberes de la gratitud y á desatender los vínculos de la familia. Sin embargo, la voz de mi conciencia acaba por triunfar, y cien veces que me encontrara en el mismo caso, arrancaríá á la víctima inocente de las garras del deshonor. Pero entre los ruidosos aplausos que mi propia satisfaccion me procura, descuella de repente la acusacion de Eugenio, señalándome como un padre frio y calculador que cubre con el manto de la dignidad los números que traza con la conveniencia. Entónces pienso en mi lija, me miro por dentro y me pregunto si allá, en el fondo de mi conducta, no habrá un gérmen de egoismo escondido traidoramente en algun pliegue del corazon.

Y tengo miedo de mí; porque tambien en el escenario de la vida hay como en el teatro meritorios del arte, que trabajan sin sueldo creyéndose sacerdotes de un númen, cuando en realidad y sin sospecharlo sólo son tímidos aspirantes á una contrata ventajosa.

ISABEL. No, Baltasar. No tienes por qué arrepentirte de un proceder que, acaso por lo violento, ha extirpado más heroicamente el cáncer que me corroía.

BALT. Qué consuelo me prestan tus palabras!

ISABEL. Supuse que mi condicion de madre me autorizaba á todo. Puedo jurarte que hice el mal, persuadida de que practicaba una virtud impuesta por la naturaleza. Por eso desafié tus iras y me defendí de tí como de un mónstruo. Pero apenas ante mi amenaza ví aquella mujer plegarse á mis exigencias, posponer el decoro á la utilidad y, revolcándose en la abyeccion, reducir su altivez á encerrarse en el molde de mi capricho, me juzgué tan miserable juzgándome su cómplice, que así como ciertos cuerpos rebotan por la altura de que se desprenden, yo no he salido indudablemente del abismo, sino por el propio impulso de mi caída.

BALT. Bien, Isabel, bien. La virtud muchas veces se extra-
vía, porque no tiene quien le enseñe el camino.

ISABEL. Si supieras qué satisfaccion experimento sobre no haber cambiado en nada mi situacion!... No soy feliz; pero estoy tranquila. Pretextaré algo para desahuciar á Eugenio, y si no logro convencerle, le diré la verdad al oído; que no he de ser yo criminal porque mi hija haya dejado de ser buena.

BALT. Ojalá hubieras pensado así ántes!

ISABEL. No se adquiere la razon sino á costa de errores; hay que tocar el ejemplo para convencerse. Hace poco he asistido á un espectáculo que... (Levantándose y yendo al balcon con Baltasar) Sí; tú mismo puedes juzgar de él. Mira, es la ceremonia que concluye.

BALT. Diríase el entierro de la decencia presidido por el es-

píritu de la prevaricación.

ISABEL. Y yo he estado á punto de provocar un acto semejante! Qué vergüenza!

BALT. Imagínate á tu hija paseando como un insulto su corona de azáhar, no ceñida á la sien por el derecho del símbolo, sino pegada á la fuerza sobre la mancha de barro de su frente. Supon á aquel hombre, todo credulidad y honradez, despojando del falso velo del pudor á su compañera entre las carcajadas comprimidas de una multitud que, no viendo el producto de su criminal silencio en la ignorancia ajena, la celebra sin apercibirse estulta de que se está riendo de su propio delito. Y allá, en el fondo, una mujer que imposible responde con frases halagüeñas, dictadas por la ficción, á los epigramas sangrientos de los iniciados; que paga con una lágrima de carnavalesca gratitud las felicitaciones de la sinceridad; que premia la falta de la culpable con el pecado de la mentira; y que, mientras para justificar su conducta enseña al mundo con una mano su legítimo título de madre, está con la otra falsificando un testimonio de paternidad al hombre en cuyos brazos se arroja para, sarcásticamente, apellidarle hijo suyo...

ISABEL. Oh! Calla!

BALT. Qué prefieres?

ISABEL. Que tú me guíes.

BALT. La línea recta es monótona, inflexible, dura; pero es la que conduce al bien por el camino más corto. Sigámosla. (Se abrazan.)

ESCENA III.

DICHOS, CONCHA.

CONCHA. Cómo! Abrazados? (Con alegría.)

ISABEL. Ya lo ves.

CONCHA. Habeis hecho las paces?

BALT. Eternas.

CONCHA. Y ya no nos vamos de aquí?

ISABEL. Oh! Nunca!

CONCHA. Qué gusto! Yo que venía tan triste á darte mi adios. Déjame que te bese. No sé las causas que hayan podido motivar vuestro enojo.

BALT. Ni trates de inquirirlas.

CONCHA. Pero abrigaba el presentimiento de que no os atreveríais á romper los vínculos de toda una existencia. De modo que Eugenio se casará...

ISABEL. Contigo.

LOS DOS. Qué?

ISABEL. Poco he de poder si no logro que sus ojos se abran á la luz y su corazón al cariño.

CONCHA. Si es á Adela á quien él ama...

ISABEL. Yo le haré que ame la virtud.

BALT. Isabel, advierte...

ISABEL. Ha sonado la hora de las recompensas.

CONCHA. Mi prima le adora...

ISABEL. Y bien?

CONCHA. Y yo no le quiero...

BALT. (Hija mia!)

ISABEL. Ya le irás cobrando estimacion. Anda, restitúyelo todo á su primitivo estado; que no haya alteraciones que me recuerden lo que quisiera desterrar de mi memoria, y... confía en mí; que nada es tan agradecido como la salud despues de haber pasado por las agonías de la muerte.

CONCHA. Yo te convenceré.

ISABEL. En otra ocasion; ahora déjanos solos.

CONCHA. (¡Pobre Eugenio!) (Vase.)

ISABEL. Bendita criatura!

BALT. Tú has pensado?...

ISABEL. He pensado que si existen hombres con la energía suficiente para gritarle á la sociedad: «Aquí hay un escollo,» debe haber mujeres con la equidad necesaria para decirle al mundo que corre ciego: «Alto, no la

pises, coge esa perla.»

BALT. Isabel! (Conmovido.)

ISABEL. No me pidas cuenta; te debo aún tanto!...

ESCENA IV.

ISABEL, BALTASAR, QUICA y LUIS.

QUICA. (Obligando á entrar á Luis.) Nada, nada; lo prometido es deuda. Conque... vamos adentro.

ISABEL. (Ap. á Baltasar.) (Otra vez esa chusma!)

BALT. (Id. á Isabel.) (Repórtate.)

QUICA. No quería venir; pero le he recordado su promesa y la mía, y le he dicho: «Mira, Luis, qué al hombre por la palabra... Hay que devolver ese papel? Pues andando.»

LUIS. Sólo el cumplimiento de un deber... (Justificando su presencia.)

ISABEL. (Interrumpiéndole.) Seamos breves.

QUICA. No es de falta de brevedad de lo que ha pecado este asunto; hasta en la ceremonia tenía prisa el cura. Nos ha leído una epístola que, aunque yo no entiendo latin, apuesto algo á que la traduccion es esta: «Señores; San Pablo dice que ya están ustedes despachados.» Porque... acaba de efectuarse el casamiento.

ISABEL. Sí; ya sé.

QUICA. Es verdad, que estaba usted en el balcon.

ISABEL. Justo.

QUICA. Y la he saludado á usted.

ISABEL. Y yo no he respondido.

QUICA. Tambien es cierto; pero por eso no ha dejado de casarse mi hija en San Sebastian y en la capilla de los cómicos.

BALT. Para que el símbolo sea completo.

QUICA. Qué?

BALT. No haga usted caso.

QUICA. Conque al volver á casa, como vivimos tan cerca, mientras Cármen se quita los perifollos...—porque no

— hay más que la familia á almorzar,—le he dicho á éste lo que ya he dicho; y, aunque se resistía, aquí estamos para que, como es justo, le pida á usted perdon.

ISABEL. Yo le eximo de esa formalidad. Acabemos. (Con repugnancia.)

BALT. Sí; no le robe usted los instantes. Para este señor el tiempo es oro.

LUIS. Si las frases de usted envuelven una maliciosa intencion, yo las desprecio, como desprecio la fortuna de que me supone usted esclavo; y lástima tan sólo me inspira, por la mezquindad de sus sentimientos, el que es capaz de confundir los deberes de la conciencia con las satisfacciones del egoismo.

BALT. Á mí me es igual. Usted dispense.

QUICA. Bien, Luisico, bien. Con qué orgullo te oigo expresarte de ese modo! Me estaba haciendo falta una ocasion así para desahogar mi corazon. (Guiñando el ojo á Isabel.)

ISABEL. (Eh?)

LUIS. Si se vé mi espósa ricā por un azar de la suerte, no es en verdad su oro el que ha-comprado mi cariño; y sí pobre la amé, pobre la hubiera llevado al altar con la misma conviccion.

ISABEL. (Qué audacia!)

QUICA. (Con ironía.) Esto se llama un hombre. Pues... nada, hijo mio, que no te mortifique esa espina. Puedes presentarte ante el mundo con la cabeza muy levantada sin que tan negra nube empañe tu felicidad; porque... sin rodeos: Cármien no tiene un cuarto.

TODOS. Cómo?

LUIS. No me explico... (Atónito.)

QUICA. No cuenta más que con la posicion que tú le procures con tu trabajo; porque los diez millones *volaverunt*.

BALT. Algun error de guarismo?

QUICA. No señor; el mismo de la tablilla.

ISABEL. Entónces?...

QUICA. Que al marcharse á Valladolid don Timoteo, el agente

de Bolsa, le dejó á Roque el encargo de comprarle el billete y avisarle el número. Yo, que no lo sabía, lo tomé (Guiñando de nuevo el ojo á Isabel y Baltasar.) inocentemente por nuestro... y... vamos, que no se ha hecho la miel para la boca... Ay, Jesús! Qué cosas le hace decir á una la desesperacion!

ISABEL. (Ap. á Quica.) (Ah! Entiendo!)

QUICA. (Ap. á Isabel.) Ya estamos vengadas.

BALT. Justicia de Dios!

LUIS. (Aturdido.) Pero Roque no la previno á usted?...

QUICA. Antes de la boda? Pues ya lo creo; tu padre político es muy honrado y queria contártelo todo; pero el pobre no anda muy fuerte en delicadezas ni finuras. Y yo que en este punto tengo más alcances, le dije: «Aquí lo que conviene es callar, porque una de dos; ó el chico se casa con la muchacha porque la quiere, en cuyo supuesto lo mismo le dá pobre que rica, ó sólo se une á ella por... cumplir como una persona decente; y en tal caso puede arrepentirse y retroceder. Ahora bien; si tú le declaras que el premio gordo se ha evaporado, es poner á Luis, tan caballero, tan digno, tan meticoloso, en el trance de casarse con nuestra hija sin amarla, sólo porque no le echen en cara que la abandona en la pobreza.» Y efectivamente, le convencí y me felicito de ello; porque estoy segura de que has de profesar á Cármen un afecto mucho más profundo, ahora que esos millones ya no le sirven de estorbo á tu proverbial hidalguía.

LUIS. (Oh!)

QUICA. Anda, hijo mio, anda á ver á tu mujercita que estará impaciente.

LUIS. Sí... voy. (Petrificado)

QUICA. Y no te apures por el porvenir; la lonja de ultramarinos no me ha de faltar; ya me ha autorizado don Timoteo á que alquile la tienda; de modo que tú comerás más barato que nadie en Madrid; porque, como puedes suponer, tu suegra te dará los comestibles á

precio de factura; es decir, si pagas al contado: el crédito se acabó. Pero vete, hombre, vete, que no pareces un marido acabado de sacar del horno. Ahora mismo te sigo yo. (Empujándole hasta la puerta)

LUIS. (Miserables!) (Váse.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos LUIS.

ISABEL. (Á Baltasar.) Qué lección tan dura!

BALT. Y qué merecida!

QUICA. Ya se habrá usted convencido, señora, de que no es tan malo lo que hay aquí dentro. (Por el corazón.) Y en cuanto á comedias, don Baltasar, convengo en que no sirvo para dama matrona; pero, vaya, que en las características, aún consigo hacerme aplaudir.

BALT. Sobre todo, cuando la representación es á beneficio de usted.

ISABEL. Pero ese hombre se ha ido, y la carta...

BALT. Es verdad, no la ha dado.

QUICA. Pues poco infierno lleva él en la cabeza para pensar en otra cosa que en las pesetas, en los duros, y hasta en las latas de salmon y frascos de pepinillos que entran en diez millones de reales. Descuide usted, que yo se la pediré. (Eugenio entra.)

ISABEL. Quién?

QUICA. Eugenio.

TODOS. Ah!

ESCENA VI.

DICHOS, EUGENIO.

EUG. (Á Isabel.) Puedo merecer de usted unos minutos de audiencia?

QUICA. Reservada? (Tratando de irse, cuyo movimiento secunda Baltasar.)

EUG. Al contrario. (Deteniéndolos.) Necesito que me oigan cuantos asistieron á la escena de ayer: unos para que me justifiquen; otros para que sepan que no les guardo rencor; todos para que me perdonen en lo que les haya ofendido. (Se sientan á una indicacion de Isabel. Quica hace lo mismo; pero se acuerda de su posicion y se levanta.)

QUICA. (Ay! No. Yo vuelvo á viajar en tercera clase.)

ISABEL. (Quédate, te lo ruego!) (Á Baltasar.)

BALT. (Sea por tí!)

EUG. El hombre, señora, no se resuelve tan fácilmente á prescindir de la felicidad cuando se ha forjado la ilusion de poseerla. Asi pues, no le cause á usted extrañeza si vuelvo á insistir en la demanda. ¿Ha reflexionado usted con detenimiento sobre las consecuencias de su negativa? Debo esperar que revoque usted la sentencia que ayer fulminó sobre mí? Dígnese usted responderme como si se hablara á si misma.

ISABEL. Eugenio, mi hija no será nunca la esposa de usted.

QUICA. (Ap. á Baltasar.) (¿Se ha arrepentido? Es natural; si lo que ella se proponia no se hace entre cristianos!)

BALT. (Ap. á Quica.) (Calle la hereje, que tiene el tejado de vidrio!)

QUICA. (Este siempre da en el blanco.)

EUG. Pero, Isabel, usted no puede, por un sentimiento de delicadeza, por una preocupacion injustificada, destruir la suerte de su hija. Si mañana le pide á usted cuentas?...

ISABEL. Se las daré.

EUG. Si es un castigo que usted me inflige por haberme hecho, en un instante de alucinacion, el eco de malévolas sugerencias, tanto rigor me parece excesivo.

ISABEL. Es una decision en la que todo influye, y que nada conseguirá torcer.

EUG. Es usted implacable. Pues bien, ya que no hay manera de atenuar á sus ojos mi desesperada resolucion, yo acudo al tribunal de la clemencia, ante el cual, y

sin más defensor que mi honradez, me presento espontáneamente reo convicto.

ISABEL. Usted? De qué crimen? (Levantándose.)

EUG. Del de rebelion.

TODOS. Cómo?

QUICA. (Á qué la há sacado por justicia? Ah! No puede; es menor.)

EUG. Faltábame el tiempo ayer para volar en busca de Adela y exponerle los tormentos que había sufrido mi alma. Al ver su llanto, su desesperacion, la elocuente sinceridad de sus protestas de cariño, comprendí el sacrificio que usted se imponía, rechazando mi fortuna por decoro á su pobreza, y resolví que mi propia mano adjudicase el premio á tamaña abnegacion.

ISABEL. El premio? Cuál?

EUG. Esta mañana hemos ido á orar juntos en la iglesia. Allí le hemos pedido á Dios que iluminara nuestro entendimiento, que fortificase nuestra fé, que protegiese nuestra voluntad. Y en el momento en que el sacerdote hacía descender su bendicion sobre los fieles, nosotros la hemos recibido de rodillas á sus piés, consagrando con nuestro juramento una union que es ya eterna ante la ley divina é indisoluble para la justicia humana.

ISABEL. Jesús! Qué horror! (Cayendo en una silla y cubriéndose el rostro con las manos.)

BALT. (Auxiliándola.) Isabel!

QUICA. (Ap. á Baltasar.) (Este es el mundo!)

BALT. (Ap. á Quica.) (No; este es el desenlace.) (Todos quedan consternados.)

EUG. Encuentro mi delito monstruoso: pero el corazon de una madre no se agota nunca para el perdon. Desde el altar vengo á implorar el mio. Mis labios no se han posado aún sobre la frente de la esposa, para dejarle á usted el santo privilegio de besar por última vez á la hija.

ISABEL. Ven, Baltasar, sácame de aquí! Yo me muero! (Isabel

- se apoya en Baltasar y en Quica.)
- QUICA. Apóyese usted en mi brazo.
- BALT. (Ap. á Isabel.) (Ten fortaleza!)
- EUG. Madre mia! (Queriendo besarle la mano.)
- ISABEL. Ah! Eso... yo. (Rechazándola y besando la de Eugenio.)
- EUG. (Conmovido.) Qué?
- BALT. VAMOS. (Vánse los tres.)
- EUG. Sí; me otorga su gracia. Ese beso en mi mano significa que la gratitud se sobrepone al cabo al enojo. Dios es justo con los que proceden bien.

ESCENA VII.

EUGENIO, CONCHA, inquieta y con las huellas del sufrimiento en el semblante.

- CONCHA. Solo?
- EUG. Sí.
- CONCHA. No nos oirán?
- EUG. Concha ¿qué emoción es esa que la embarga á usted?
- CONCHA. La que experimenta el delincuente cuando se queda solo con su conciencia.
- EUG. ¿Y qué daño puede haber inferido á nadie usted que es la bondad misma?
- CONCHA. Oh! Sí, muy grande. ¿Pero no es cierto que toda falta encuentra disculpa cuando se comete para producir un bien? Porque mi fin es laudable, mi intención digna. Pongo al cielo por testigo.
- EUG. Vamos! Calma, y ábrame usted su corazón, si me juzga digno de ello.
- CONCHA. Si es usted á quien busco.
- EUG. Hable usted.
- CONCHA. Hace un momento me hallaba yo en mi cuarto sumida en muy hondas reflexiones; Luis pasó por delante de la ventana sin apercibirse de mi presencia, y al llegar al extremo de la galería, le ví hablando con el criado en un tono tan confidencial, que me inspiró rece-

los. Por fin traspuso la puerta, y: «Toma» le dijo dándole un papel con mal reprimida cólera. «Devuélvele esto á tu ama.» Desapareció; pero el criado, creyéndose sin testigos, se permitió leerlo,—no estaba cerrado,—entre sonrisas y gestos de asombro. Entónces la indignacion me puso delante de él; y arebatándole la carta, le mandé retirarse afeándole su conducta.

EUG. Bien hecho.

CONCHA. Si; pero lo que sigue destruye el mérito de mi obra. La carta no era para Isabel.

EUG. Ah!

CONCHA. Venía dirigida á Luis por Adela.

EUG. Por Adela?

CONCHA. Y... Dios mio!... Qué caro se paga un mal proceder! Acudió á mi memoria la acusacion de mi padre, el amor de usted por mi prima, la bajeza de aquel hombre; y luchando entre mi deber y el deseo de saber la verdad en beneficio de todos... la leí. Esto es inicuo; y sin embargo, yo no quería hacer daño á nadie; lo juro! (Sollozando.)

EUG. En suma... (Inquieto.)

CONCHA. Eugenio, usted no puede imaginar el dolor tan agudo que se siente al ver rasgado el velo de su inocencia por una mano amiga.

EUG. Concha, no entiendo!... Por favor! (Con zozobra creciente.)

CONCHA. Yo no he de ser nunca su mujer de usted... (Convulsa y como justificando su determinacion.)

EUG. Cómo?

CONCHA. No es posible por lo tanto que atribuya usted á mis palabras ni una intencion egoista, ni un propósito interesado...

EUG. Jamás!

CONCHA. Porque... no le amo á usted.

EUG. Adelante. (Con ansiedad febril.)

CONCHA. Pero anhelo su felicidad como la mia propia; y en nombre de la justicia, en descargo de mi conciencia,

en merecido tributo á su honradez, caigo aqui á sus plantas suplicándole por lo que haya para usted de mas sagrado, por la vendita memoria de su madre, que no se case usted nunca con Adela!

EUG. Por qué? Pronto! (Delirante.)

CONCHA. Porque es una mujer envilecida.

EUG. Jesús! (Tapándose la cara con las manos.)

CONCHA. (Haciendo lo mismo.) Ella delinque, y la vergüenza es para nosotros!

EUG. Las pruebas... Esa carta!

CONCHA. La romperá usted luego?

EUG. Sí. (En este instante aparece Baltasar y queda escuchando.)

CONCHA. Júreme usted que no se lo dirá á nadie.

EUG. Lo juro. Venga.

CONCHA. Aquí está. (Dándosela. Eugenio la lee como su sentencia de muerte.)

EUG. Arde en mis manos!

CONCHA. Le enveneno á usted el alma; pero es preferible que excre usted á Adela, hija indigna, á que no pueda perdonarla esposa culpable.

EUG. (Abatido.) No deja duda mi deshonra!

CONCHA. Su deshonra?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BALTASAR.

BALT. (Á su hija.) Desgraciada! Qué has hecho? Eugenio es su marido.

CONCHA. Él! (Trata de lanzar un suspiro; pero no puede producir más que una aspiracion, y cae desplomada sobre su padre con la boca abierta y los ojos fijos y abiertos como la sorprendió la muerte.)

BALT. Qué es esto? Concha! (Llevándola á un sillón.) No responde.

EUG. Se há desmayado?

BALT. No... Se há muerto! (Con el espanto de la sorpresa.)

EUG. Qué?

BALT. (Cerrándola la boca.) No respira! (Bajándola los párpados.) No vé! (Poniéndola la mano sobre el corazon) No late! (Llamándola con un horroroso grito, como si con la voz quisiera alcanzar aún en su carrera aquel espíritu que se ha separado de su envoltura.) Hija mia! No me oye... Ya estoy solo! (Rompiendo á llorar.)

EUG. Usted sin hija! Yo escarnecido! El vicio triunfante!... Si no existiese la conciencia, habría para dudar de Dios; porque, ¿cuál es la recompensa de los hombres de bien? (Baltasar cierra el puño crispado como si estrujase en él á la humanidad, y pronunciando como un reto la frase que sigue con el sarcasmo y la amarga decepcion que destila la acusadora idea que envuelve.)

BALT. En la GRAN COMEDIA humana, ¿alguien tiene que pagar á la compañía! Nosotros somos los empresarios!

FIN DE LA OBRA.



TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Dos siglos en una hora, <i>revista</i>	1	Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Dos tunantes.....	1	N. N.....	L.
El número fatal.....	1	N. y Mangiagalli.....	L. y M.
El Tambor Mayor.....	1	J. Romea.....	M.
El faldon de la Levita.....	1	G. Perrin.....	L.
El gran Turco.....	1	Perrin y Nieto.....	L. y M.
El Mascoto.....	1	Cuartero y Taboada.....	L. y M.
El lápiz mágico.....	1	Palomino de Guzman.....	L.
En el otro mundo.....	1	M. Nieto.....	M.
El Jefe número cuatro.....	1	Caballero y Taboada.....	L. y M.
El mono Ton-Kóng.....	1	A. Croselles.....	$\frac{1}{2}$ L.
Entre dos tios.....	1	Segovia y Nieto.....	L. y M.
Gimnasio higiénico.....	1	Pablo Hernandez.....	M.
Guerra al novio.....	1	Zumel y Ruiz.....	L. y M.
1 comici tronati.....	1	Palomino, Cuesta y Man- giagalli.....	L. y M.
Ingleses y Flamencos.....	1	Antonio Roig.....	M.
La solterona.....	1	Manuel Nieto.....	M.
La venganza de Mendrugo.....	1	Palomino y Mangiagalli..	L. y M.
La del tren.....	1	Croselles y Taboada.....	L. y M.
La mantilla blanca.....	1	Navarro.....	$\frac{1}{2}$ L.
La gran noche.....	1	Juan Maestre.....	L.
La oracion de san Antonio.....	1	L. Arnedo.....	M.
La vuelta de Mendrugo.....	1	Juan Maestre y Arnedo...	L. y M.
Las mañanas del Retiro.....	1	L. Arnedo.....	M.
La solterona.....	1	M. Nieto.....	M.
Música del porvenir.....	1	M. Nieto.....	M.
Otelo y Desdémona.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Por una corbata.....	1	M. Noguerras.....	L.
¡Pobre glorial.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Tragarse la pildora.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Un lío en el ropero.....	1	Zumel y Croselles.....	L.
Valiente pesca.....	1	Juan Maestre.....	L.
Noches de Madrid.....	2	Cuesta, Croselles, Palomi- no y Mangiagalli... L. y $\frac{1}{2}$ M.	
El capitan Centellas.....	3	Fernandez Caballero.....	$\frac{1}{2}$ M.
La cruz de fuego.....	3	Pedro Miguel Marqués...	M.
El reloj de Lucerna.....	3	Zapata y Marqués.....	L. y M.

Por convenio celebrado con la respetable casa editorial del Sr. D. ANTONIO ROMERO Y ANDIA, soy el encargado de alquilar los materiales, ó sean las partes sueltas de voces y orquesta necesarias para la ejecucion de las zarzuelas *C de L, Curriya, Don Pompeyo en Carnaval, El último mono, Fuego en guerrillas, Nadie se muere hasta que Dios quiere, Pascual Bailon, Retreta, Los duelos con pan son menos, La gallina ciega. El molinero de Subiza, Un estudiante de Salamanca*, y todas las demás músicas cuya propiedad de reproducción pertenecen al referido Sr. Romero.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *D. Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

COIMBRA. *D. Antonio Duarte Areosa*.

LISBOA. *Juan Manuel Valle*, Praça de Don Pedro I, núm. 30.

OPORTO. *Joaquim Duarte de Mattos Junior*.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.